

Felguérez • Jolly • Quintana

30

TRES AVENTURAS SELVÁTICAS ROVER



TRES AVENTURAS SELVÁTICAS ROVER

Felguérez • Jolly • Quintana

Tres aventuras selváticas rover



Primera edición digital: 2025

BIBLIOTECA DEL CENTENARIO

Coordinador de la colección: Arturo Reyes Fragoso

Coordinador de diseño editorial: Alberto Rodríguez Luna

Diseño de interiores: Rodríguez Hnos. Impresores

Asociación de Scouts de México, A.C.

Córdoba 57, colonia Roma Norte,

C.P. 06700, Ciudad de México

Tel. (+52) 55 5208 7122

www.scouts.org.mx

oficina.nacional@scouts.org.mx

Presidente Nacional

Enrique Moreno Cárdenas

Jefe Scout Nacional

Pedro Díaz Maya

Subjefe Scout Nacional

Ángel Martínez Herrera

Director Nacional de Métodos Educativos

Joaquín Ramos Guerra

Comisionado Nacional de Programa para Jóvenes

Iván Cortés Byron

Coordinadora Editorial

Berenice Luna Gómez

Gerente de Imagen y Comunicación

Persé Alberto Cárdenas Irigoyen

© Asociación de Scouts de México, A.C.

Diseño de portada e interiores: Carlos Rodríguez Millares

Ilustración de portada: Viñeta de Iker Larrauri publicada en la revista *Escultimo*, julio de 1949

La presente obra se publica con fines de divulgación sin lucro alguno. Pueden reproducirse parcialmente sus contenidos, siempre y cuando se den los créditos de la Asociación de Scouts de México, A.C.

Llamada de reunión

Las “aventuras selváticas” aquí reunidas me transportan cuatro décadas atrás, cuando, al hurgar furtivamente en la biblioteca del legendario Germán Olagaray, padre de Juan Daniel, guía de la patrulla Rinocerontes del grupo VII del Distrito Federal, a la búsqueda de bibliografía técnica para aplicarla en nuestra práctica scout, encontrara una antiquísima colección de las aventuras de *Tarzán de los monos*, de Edgar Rice Burroughs, que de manera totalmente clandestina me fue prestando el hijo de su propietario, absorto con la imagen de un hombre mono que no mostraban las adaptaciones cinematográficas o las historietas, misma que atraieron la atención del propio Rudyard Kipling.

De igual manera, en aquella biblioteca me adentré en la lectura de los viajes publicados en las páginas de *Siete Azul*, boletín de nuestro grupo scout, por parte de otros de sus integrantes: Enrique Jolly y Sergio Fernández Vázquez, quienes recorrerían durante tres meses la región del Amazonas, y las expediciones a la Lacandona de Demetrio Sodi Morales, luego convertido en un reconocido antropólogo mayista. Su lectura me terminaría por levantar el ánimo para emprender prácticas scouts más insensatas, aunque sin duda más emocionantes. Los textos de técnica scout se quedaron ahí guardados.

Hoy resurgen algunas de aquellas vibrantes historias, que registran las aventuras de sus protagonistas de mediados del siglo pasado, a quienes los scouts les sirvieron de trampolín para graduarse como exploradores de altos vuelos, sin la intención de llegar a serlo, adentrándose en la selva Lacandona y el Amazonas, en una época donde el *glamping*, los tours de *rafting* o expediciones filmadas con equipos profe-

sionales resultaban inexistentes, haciéndose entonces todo a lomo de burro y cayucos, cargando escopetas, machetes, tiendas de lona y mosquiteros, para adentrarse en junglas indómitas, igual para conocer de primera mano ruinas arqueológicas recién descubiertas, como el caso de Manuel Felguérez, futuro artista plástico de reconocimiento internacional, en Bonampak.

Estamos ante una extinta especie de scouts que igual desplumaba aves y cazaba lagartos —algo hoy impensable por las buenas conciencias conservacionistas—, soportaba altas temperaturas y maltrechos pies por la humedad, y a menudo necesitaban traductores para comunicarse con hablantes de lenguas locales para conocer sus ancestrales hábitos y costumbres.

Manuel Felguérez y Enrique Jolly, al inicio de sus respectivas vocaciones artísticas, compartirían estudio cuando el primero estaba a punto de estudiar antropología y el segundo era casi veterinario, antes de convertirse en escultor, mariner y constructor de embarcaciones antiguas, lo que le valiera también cruzar dos veces el océano Atlántico en carabela, una de ellas réplica de la mítica *Santa María* del almirante Colón, empresa digna de un guion de película.

Me honra ser cómplice de los proyectos impulsados por mi amigo Arturo Reyes Fragoso: para éste en particular, agradezco su invitación de reunir documentos perdidos en cajones y sótanos, retomar mi amistad y conversaciones con José Miguel Quintana para, finalmente, colaborar en la nueva puesta en circulación de este trío de historias *hardcore* scouts que, al igual que a muchos de nosotros, nos transportarán a nuestros años mozos cuando buscábamos sentido a la vida a través de las aventuras a la sombra del escultismo.

IVÁN GUERRA VILLASANA,
ex integrante del grupo VII de la provincia Miguel Hidalgo,
Ciudad de México, otoño 2024

Un rover en Bonampak*

REY ZORRO, R.S. (MANUEL FELGUÉREZ)

Para todos los scouts que por fuerza amamos a nuestra patria, se vuelve una necesidad el conocerla, y también ese espíritu de aventura que todos nosotros poseemos, son las principales y casi únicas razones por las que me decidí a emprender este viaje.

Salí de esta capital el día 5 de marzo de este año, por la carretera Panamericana, atravesando las ciudades de Puebla, Oaxaca, Tehuantepec, Tuxtla Gutiérrez y San Cristóbal de las Casas.

Todo esto me pareció maravilloso, y al transportar ideas a mi diario me faltaba tiempo para describir mis múltiples impresiones, más ahora. Una vez de regreso, el recuerdo de aquellos cuatro días queda opacado, casi olvidado, al compararlo con lo que siguió más adelante.

En San Cristóbal de las Casas, empezaba propiamente el viaje: llegamos a eso de las seis de la tarde, empezando el crepúsculo; a la entrada lo primero que se ve es el panteón, de una rara semejanza con un tablero de ajedrez, con la característica de todos los cementerios de la región, siempre recién pintados los monumentos de colores azul, blanco y rosa; más adelante, un puente y al pasar éste se encuentra uno en el centro de un pueblo extraño por las gentes que

* Publicado en los números 141 y 142 de la revista *Escultismo*, junio-julio 1949, con la siguiente nota al margen: “El protagonista de estas aventuras y autor del relato de las mismas es Manuel Felguérez, rover el grupo XVII de México. Tiene cuatro años de antigüedad como lobato, ocho de scout y uno de haber hecho su investidura rover. Asistió a la pasada Jamboree [celebrado en Francia, en 1947, al que iría con el futuro escritor Jorge Ibargüengoitia, quien de aquella experiencia escribiría el relato “Falta de espíritu scout”] y será D.M. [Dios Mediante], un representante de México en el Rover Moot de Noruega [a celebrarse aquel mismo año]”. [N. del E.]

lo transitan, por la lengua que se escucha, por el cielo y por todo; parece uno encontrarse en otro mundo.

Los habitantes de esta región son indios chamulas, raza que permanece sin mezcla; su dialecto es gutural, son de una estatura media de 1.50 metros, sus ojos pequeños y rasgados, la nariz chata y pómulos prominentes; labios gruesos y entre estos se asoman dientes irregulares, más bien grandes; el pelo negro, cortado como a cuatro centímetros, de largo y por tenerlo bastante grueso dan la impresión de traer cepillos en la cabeza.

Su atavío consiste en un jorongo, con una faja en la cintura. Abajo de este solo traen un calzón de manta que les llega como a quince centímetros de la rodilla, el cual tiene bordados en colores azul, rojo y amarillo, principalmente. Cuando van cargados, toda la carga la llevan en la espalda, sostenida por un tirante que pasa por la frente, razón por la cual tienen el cuello muy musculoso. Usan unos sombreros de copa como media esfera, y de su cúspide salen cintas de colores. Siempre traen en la mano un bastón circular negro, un poco más corto que el bastón scout, el que usan para subir pendientes y, quizá también, como medio de defensa. Las indias traen de falda un rebozo detenido por una faja y de camisa una tela con una abertura cuadrada para meter la cabeza, y alrededor bordados. Usan trenzas.

Contemplando todas estas curiosidades se fue haciendo noche, y al dar las ocho decidimos emprender la caminata.

La región de San Cristóbal es muy montañosa, por lo que el clima es frío y la vegetación casi exclusivamente de pinos de una altura no muy grande, y el piso queda cubierto completamente de ocochal rojizo. En las cañadas casi invariablemente corren pequeños ríos de agua cristalina; algunos tramos de estos ríos se convierten en subterráneos formando enormes grutas, casi seguramente inexploradas.

La caminata nos lleva a través de los pueblos de Tenejapa, Cancue, Guaquitepec, Chilón, Yajalón y Salto de Agua.

Se emplean siete días en este recorrido, y se pasa, por lo regular, un pueblo por día; y nosotros por no cargar, pues llevábamos las mochilas muy pesadas, no llevamos comida, así que tomábamos una comida al día, y a veces ni eso; pero cada vez que encontrábamos una aldea india, nos acercábamos con el objeto de que nos vendieran comida, y además para observar mejor sus costumbres. Esto resultó bastante difícil, pues si no llegábamos a la hora en que los hombres regresaban del trabajo, las mujeres huían al vernos. Cuando lográbamos hablar con algún hombre (a veces teníamos suerte de encontrar alguno que hablara un poco de español), éste sí nos vendía comida, casi siempre frijoles de dos a cuatro centímetros de longitud, solamente hervidos y sin sal; además, unas veinte tortillas, naranjas, plátanos y aguacates. ¿El precio? Veinticinco centavos por los dos.

La religión de estos indios chamulas es la católica, con arreglos propios, pues en toda la región no hay un solo sacerdote. Encuéntrase en cada pueblo una iglesia del tiempo de la Colonia, y casi todas se encuentran en ruinas.

Relacionado con esto, nos tocó ver un espectáculo muy impresionante en un pueblito llamado Cancue, en el que existe una iglesia típica de aquellos rumbos; es decir, un jacalón con grandes muros de piedras y, en el frente, una torre que sobresale solo unos cinco metros del techo ya también en ruinas. Al llegar a aquella iglesia y traspasar el umbral, me paré en seco: en medio de aquel jacalón, que tenía derrumbadas algunas partes del techo que dejaban pasar surcos de luz, las ventanas estaban tapiadas y tardé algunos segundos en acostumbrarme a la semioscuridad; colocados en cualquier forma se encontraban algunas estatuas de santos que por el tiempo era ya muy difícil reconocer a quien representan. Todo el piso estaba cubierto de ocochal verde y, sobre éste, frente a Cristo ennegrecido por el humo de las velas que han ardido por espacio de varios siglos, se encontraban unos siete indios acostados boca abajo y rezando en su lengua, pero

estas plegarias iban dirigidas en forma de monótono canto que más bien parecían lamentos. Yo me sentí hasta cierto punto un intruso y, después de dar gracias a Dios, salí lo más aprisa que pude.

El clima, a medida que nos acercamos a Salto de Agua, se hace más agradable y al llegar a Yajalón la vegetación es ya tropical, semejante a la Huasteca.*

Por esta región abundan los quetzales y los indios venden sus plumas en los pueblos por lo que es frecuente ver en las paredes de las casas estas plumadas como adorno principal.

De Salto de Agua se traslada uno por armón hasta Tenosique, Tabasco, pasando a ocho kilómetros de Palenque; éste viaje, como se comprende, es precioso, pues se atraviesa la selva cómodamente sentado, y además es gratis.



Ruinas mayas en medio de la selva. Ilustración de Iker Larrauri.

Palenque: ciudad en la que floreció el antiguo Imperio maya. Catorce siglos han transcurrido y aún se encuentran en perfecto estado de conservación la mayoría de los bajorrelieves enmarcados en los diez principales palacios y templos,

* Región conocida por el autor junto con Ibargüengoitia, durante el Campamento Nacional de El Salto, San Luis Potosí, realizado poco antes de su expedición chiapaneca, y al cual alude páginas adelante. (N. del A.)

los que se hallan enclavados en el verde esmeralda de la selva chiapaneca, y cada templo o palacio se encuentra en una meseta; la primavera vista es de admiración, que se renueva al contemplar la mayoría de las esculturas en las que se nota la gran calidad artística de los mayas, logrando dar a los rostros una expresión (sobre todo en la religiosa o de éxtasis) que lo deja a uno asombrado.

Atraviesa esta meseta un arroyo de agua muy fresca y en éste se encuentra el llamado Baño de la Reina; hay, además, en este lugar muchos árboles de naranja y limón real.

Después seguimos en el armón hasta Tenosique, pueblo que se halla a orillas del Alto Usumacinta, hermoso río de aguas cristalinas, en el cual contemplé los crepúsculos más hermosos de toda mi vida.

El pueblo es bastante feo, y sobre todo hace un calor endemoniado, que le quita a uno hasta la voluntad; así estuve un día acostado, sudando a chorros, y hasta sin ganas de levantarme y abrir la puerta. Ese día no desayuné ni comí, y cuando en la noche bajó un poco la temperatura con trabajos me levanté a cenar. Aquí en Tenosique se me ocurrió pesarme y llevando apenas quince días de viaje había bajado siete kilos.

De allí a la selva lacandona son siete días a pie hasta un lugar llamado Agua Azul, que es un campamento maderero que se halla en las márgenes del Alto Usumacinta, en la frontera con Guatemala, por lo que para ir a pie sale uno de Tabasco y pasa a Guatemala y de allí a Chiapas, ya que es el único camino que hay, y es peligroso ir sin un guía, pues el camino es casi intransitado y la selva lo traga rápidamente, por lo que es difícil seguir en algunos tramos. No hay provisiones en todo el camino, así que es necesario llevar también para el regreso, por lo que es indispensable una mula. Por eso, resulta mucho más fácil hacer este recorrido en avión, además de más barato; éste fue el medio de transporte utilizado por

nosotros. Si se desea hacerlo a pie, se consigue el permiso del paso a Guatemala con un cónsul que está en Tenosique.

Una vez llegados a Agua Azul, descendemos en cayuco (canoa de árbol) por el Usumacinta hasta las ruinas de Yaxchilán, también gran ciudad maya de una extensión como de cinco kilómetros, entre sus puntos extremos. Tienen todas las construcciones la particularidad de tener bajorrelieves en la parte de arriba de las entradas, casi todos con escenas de guerreros.

Desde Agua Azul hasta este lugar se hacen cinco horas (con dos remeros); en cambio, de regreso y contra la corriente se hacen dos días.

Este viaje por río es también maravilloso pues la selva que cae sobre sus laderas muestra trabes monstruosas; los lagartos que al ver la lancha se deslizan rápidamente de la orilla aparentando troncos lodosos, la gran cantidad de pericos, garzas y guacamayas que cruzan constantemente el río, y el sol que los refleja sobre la superficie cristalina del río.

Por fin regreso a Agua Azul, de donde emprenderemos la caminata a el ya tan esperado Bonampak.

Aquí tenemos que esperar tres días a que llegue algún avión, para ponernos de acuerdo en el día que debe regresar poro nosotros. Los pasamos comiendo bien, nadando y, sobre todo, platicando con las gentes que se encuentran aquí, algunas muy conocedoras por los largos años pasados por estos rumbos.

El más interesante de todos es un hombre que se dedica a la caza del lagarto, más que como negocio por una gran afición a la cacería. Posee un gran sentido de observación y conoce la región como ninguno. Como la cacería de este reptil es casi siempre de noche, tiene una vista tan acostumbrada a la oscuridad que era capaz de pasarse horas leyendo a la luz de la luna, mientras que le molestaba mucho la luz del sol.

Sobre todo, me interesó el tópico de las víboras, pues mis acompañantes tenían miedo a ser mordidos, y yo tenía ganas de agarrar alguna.

La víbora que más abundaba por allá es la nauyaca, que también la nombran “barba amarilla”. Llega a alcanzar hasta dos metros de largo, aunque las normales son de uno. Son más venenosas que la cascabel y, cuando llega a morder, la muerte es instantánea, y según dicen en el lugar en que pica los huesos se llegan a desquebrajar por la fuerza del veneno.

También hay otra menos venenosa, pero de más peligro, es la llamada “serpiente verde”, la cual, si se ve molestanda en cualquier forma, corretea al primero que ve, y si es de noche y ve una linterna, se lanza en contra de ésta.

Otro de los peligros de la selva es jaguar o tigre, como lo conocen por acá, el cual en la época de brama o celo es muy peligroso y llega a atacar al hombre mientras éste duerme.

Hay en esta selva cantidad de plantas aún sin clasificar y reptiles asombrosos, como una iguana de color rojo de dos metros de largo, sin contar la cola.

Otra cosa que nos dejó impresionados fueron las historias oídas de los que se habían perdido en la selva, los que rara vez han sido encontrados y, cuando los encuentran, casi siempre vuelven locos.

Al tercer día llegó por fin un avión. Nadie lo conocía, pues era la primera vez que aterrizaba en ese lugar. Era un avión de la Secretaría de Comunicaciones en el que venía el después infortunado descubridor de Bonampak: Carlos Frey.*

Acabando de descender, nos informó que no había venido avión en tantos días porque habían estado velando al aviador que hace días ya habíamos conocido, y que acaba de morir en un accidente aéreo.

* Hoy se sabe que Giles Greville Healey “descubriría” las ruinas mayas poco antes de Frey, en 1946, aunque eran frecuentadas por los indígenas lacandones de la zona. (N. del E.)

Con esta tragedia empezó la expedición, días antes a la siguiente, que tendría que acabar con la vida de Frey, ahogado en el río Lacanjá

Frey iba a preparar la expedición que, días después, iba a llevar a cabo el Instituto de Bellas Artes. El campo de aterrizaje más cercano a las ruinas está en El Cedro, que estaba inútil pues había crecido la maleza por el desuso; le dio órdenes al aviador para que dentro de nueve días fuera por nosotros a ese campo que tendríamos que despejar con la ayuda, además de nosotros, de los dos arrieros. También tenía la esperanza de que los lacandones nos ayudaran.



Retrato elaborado por Iker Larrauri.

Al día siguiente, emprendimos la marcha a las seis de la mañana, y caminamos como hasta las tres de la tarde, hora en que llegamos al arroyo Agua Azul, en donde acampamos; aquí, nos molestaron mucho una variedad de abejas que no pican, sino que sólo se paran en el cuerpo, sobre todo donde hay sudor. Lo malo era que se paraban por cientos semejando costras negras en nuestra cara y manos.

Hemos traído anzuelos y con tortillas de carnada, fácilmente agarramos mojarras en el arroyo; al amanecer, atrapamos dos langostinos que sirvieron de desayuno, junto con una cocolita, que es una ave del tamaño de un guajolote joven. Seguimos caminando por la selva, pero no una selva como me la había imaginado, llena de maleza y lianas, sino formada de gran cantidad de árboles de zapote y mamey, como de treinta metros de altura. Estos solo tienen ramas en la punta, por lo cual caminamos casi totalmente en la sombra. Por esta misma razón crece muy poca maleza abajo, así que uno puede caminar en todas direcciones, y el aspecto de los árboles en cualquier dirección es el mismo, por lo que es muy fácil perderse.

En el piso se encuentran gran cantidad de mameyes y zapotes, muchos de estos se ven comidos a medias, lo que indica que acaba de pasar por ahí una manada de jabalís.

Fue en este día cuando vimos por primera vez los saraquatos, que son monos como de 1.25 metros de alto y que emiten un rugido parecido al del león; al pasar debajo de ellos, como si se enojaran, empiezan a aventar en dirección de nosotros ramas secas y todo lo que pueden.

Así seguimos hasta un arroyo llamado Jataté, en el cual acampamos y por fin, al tercer día caminando desde el amanecer, llegaríamos al *caribal*, forma en que se llama el lugar donde viven los lacandones, ya que aquí se les conoce por *caribes*.

Desayunamos ligeramente y, a las cinco de la mañana, emprendemos el camino hasta ya entrada la tarde sin comer nada, pues no encontramos agua y el arriero que lleva las provisiones se ha adelantado. A eso de las cinco de la tarde, veo a un lado del camino unos mameyes tirados y los voy a recoger. Regreso sobre el camino y sigo en busca de mis compañeros durante diez minutos, y al no alcanzarlos me entra el temor de haberme perdido. Al llegar a un arroyo seco veo que no hay huellas de mula y sí, en cambio, una que

puede ser de chango o de perro, pero que a mí, como estoy nervioso, me parece de tigre. Decido regresar corriendo y, pensando con calma, descubro un lugar en el que recuerdo haber ido con ellos; en este momento, empieza a entrar la noche, y con ella toda la sintonía del crepúsculo en la selva, mientras yo estoy con el oído alerta para ver si oigo gritos de mis acompañantes. Oigo que alguien me grita y contesto repetidas veces, pero me convengo que la voz es de algún ave de la selva; al rato, empieza el zumbido de las chicharras, pero por miles, y el zumbido que oigo ya no sé si es en la selva o dentro de mis oídos.

Poco a poco empieza a cesar ese ruido a medida que entra la noche, ese ruido que tan hermoso me había parecido en otras ocasiones y tan infernal en ésta; cuando estoy por dormirme oigo un grito gutural. Contesto y me contestan; entonces, apago mi fogata, me pongo la mochila y corro en esa dirección, y al doblar un recodo de la selva encuentro dos extraños seres humanos alumbrados por unas antorchas, que con voz cavernosa me llaman “Manuel”.

Quizás ésta haya sido la sensación más grandiosa de mi viaje, no por el gusto de volver a encontrar seres humanos sino porque, después de haber visitado las ruinas de Palenque y Yaxchilán, yo traía en mi mente las caras de los mayas que yo creía eran estilizadas y no realistas. Había yo admirado tanto esas esculturas y, de pronto, ¡aparecen ante mí dos ídolos vivientes! Eran Chankin y Chambor, los primeros lacandones que conocí; atrás venía Frey que, al llegar al caribal y no verme, regresó por mí.

Cuando llegamos, todas las mujeres estaban muy excitadas, pues es nuestra visita un acontecimiento. Están acostumbradas a que los forasteros les regalen “gargantillas” (cuentas de colores), o peines, vaselina y espejos.

Frey se sentó en un tronco en forma de silla como de cinco metros, y todas las mujeres se colocaron alrededor de él para oírle platicar. Yo me senté junto a la fogata y, al rato, se

acercó una; luego otra y, al fin, todas estaban a mi alrededor no haciendo otra cosa más que observarme, hasta que al fin se acerca una y en su deliciosa entonación, muy propia de ellas, me pregunta mi nombre. Después de esto sigo platicando con todas cerca de una hora, hasta que se dan cuenta que yo no he probado bocado, por lo que me traen una pierna de jabalí, causando hilaridad por la forma en que la devoro; Margarita, la más bonita de todas, me pide regalado mi peine, con una voz tan dulce que es imposible negárselo, y con ese motivo no me vuelvo a peinar hasta un mes después.



Indígena lacandona. Retrato elaborado por Iker Larrauri.

Los lacandones son descendientes de los mayas que huyeron a la selva para no someterse a la dominación española; desde entonces, han transcurrido cinco siglos y conservan la nobleza de su raza. Tratan al hombre blanco de igual a igual.

Son muy aficionados a la cacería, siendo unos expertos con el arco que lo hacen de madera de zapote. Las flechas son de carrizo con una ensambladura de madera con la punta de pedernal; en el otro extremo tienen plumas de gavián. Su caza de aves preferida es el faisán; también, cazan chachalaca, cocolita, guacamayas y pericos. De otra clase son el jabalí,

que es el que más cazan por la cantidad que hay, el venado y saraguatos.

Con el trabajo de un solo hombre se mantiene una familia de doce, más los perros, que cada familia son como veinte; esto da idea de la fertilidad del suelo y de la abundancia de la caza.

Como para ellos el dinero no tiene ningún valor, cuando llega uno le dan comida todos los días, pero tiene también que ayudarlos uno en el trabajo de la milpa, la cacería o la pesca.

En el interior de las casas, que son solo techos, tienen colgadas gran número de calaveras de jabalí, conchas de tortuga y cuernos de venados que han cazado.

De apariencia son más bien bajos, con las articulaciones muy anchas, lo que nos da sensación de fuerza como entre griegos o romanos, y sin embargo pocos hombres habrá tan fuertes como Chankín (Pequeño Sol). Su piel es apiñonada y en algunos muy blanca; el pelo, en general, negro, aunque varias mujeres lo tienen de un castaño muy especial, más bien rojizo. Los ojos son oscuros, grandes y rasgados, parecidos al tipo hindú. Nariz pequeña y recta con la frente. Su boca es grande, y parece haber sido hecha para reír.

Son muy inteligentes, y aprenden cualquier cosa que uno les explique; cuando llegamos, estaban muy excitados por el eclipse de luna que acababa de pasar (y que muchos habrán visto en El Salto, en el Nacional); Chambor fue quien se interesó por la causa y yo, con la ayuda de un papel, le dibujé las posiciones del Sol, Luna y Tierra, y le señalé la causa de ese fenómeno. Inmediatamente lo entendió y lo explico a los demás.

Después de algún tiempo en que estuve cazando y ayudando a los lacandones en sus faenas diarias, emprendimos la última caminata que nos iba a llevar a la ciudad perdida entre la selva, Bonampak. Con Frey y algunos lacandones que nos acompañaron emprendimos la marcha por entre la selva,

que agota por su inmensidad en todos aspectos; del *caribal* a Bonampak, se hacen unas cuatro horas, las que me parecieron a mi siglos por la prisa que tenía yo de llegar a mi meta. Frey parecía gozar cada paso que daba hacia los templos que él mismo había descubierto, como si sintiera la satisfacción de ser dueño del suelo que pisaba; y, por fin, después de una mañana de camino agotador, fue abriéndose la selva poco a poco para dejarnos entrever, entre lianas enormes, vegetación absorbente y maleza gigante, la extraña apariencia de los templos de Bonampak, formando parte de la selva, en una mezcla del más puro estilo maya, con la arquitectura asombrosa también de la naturaleza, obra del Creador, que los rodea y se les pega hasta casi cubrirlos.

El templo está siempre en lo alto de una pirámide que, difícilmente, se deja ver, pues la maleza la ha cubierto por completo; en los alrededores, se pueden ver restos de columnas o piezas de ornamentación con unos exquisitos bajorrelieves, algunos en un magnífico estado de conservación.

Al entrar al templo, que contiene en una de sus cámaras los mundialmente conocidos frescos, parece uno entrar a otro mundo. La disposición adentro es extraña, y aquí fue donde me dio coraje conmigo mismo de no poder apreciar en todo su valor todas estas maravillas, pues es muy poco lo que sabía yo de arqueología. Yo más bien me impresioné con los frescos que, frotados con una sustancia que llevábamos, adquirirían un brillo muy vivo y dejaban ver en sus colores la riqueza de ornamentación que señalan las pinturas, así como la riqueza de sus vestiduras.* Me daba la impresión, al observar los murales, estar leyendo el diario de una persona acabada de morir, al estar viendo las pinturas mayas y tener

* La *Enciclopedia de México* señala al respecto que, entonces, para observar los frescos en todo su esplendor, se “avivaban” los colores con petróleo frotado sobre su superficie, lo que, pasado el tiempo, resquebrajaría algunas secciones por la resequedad derivada, calificando a sus responsables como “visitantes imprudentes”. (N. del E.)

a mi lado a dos ídolos vivientes, con las mismas facciones de la pinturas.



Fragmento de los murales de Bonampak.
(Fotografía tomada de Wikipedia.)

Todo, en fin, me hacía admirar a esta raza que ha dejado señas, acaso detalles de su grandeza; admirar, también, a estos lacandones, hijos incógnitos de México, que en sus mentes nobles no han sido aún maleados por la “civilización”.

Quisiera en ese momento no haber tenido memoria, sino para solo acordarme y fijar en mi memoria todas estas maravillas; para colmo, de todas las fotos que fui sacando en el camino, y allí mismo, fotos a colores, perdí los rollos aún sin revelar poco después al regreso, así que me tuve que contentar con las copias que sacaron los que iban conmigo.

Había llegado al fin a Bonampak, lugar que, poco después, sería escenario de una tragedia. ¿Para qué narrar lo demás? El regreso al caribal; los últimos días con los lacandones; el proyecto de Frey y mío de traerlos alguna vez a la capital; la despedida de las mujeres de los lacandones, siempre diciendo lo mismo, preguntando si volveríamos.

El avión que nos habría de recoger llegó puntual el día que habíamos quedado; las malas noticias siempre llegan a tiempo: traía un telegrama para Frey en el que se le notificaba

que ya no era jefe de la expedición, como lo habían nombrado en el Instituto de Bellas Artes y que, dentro de pocos días, se iba a llevar a cabo. Esa vez Frey casi lloró de coraje.

La última impresión de todos ellos fue estando en un grupo compacto diciéndonos adiós, con sus manos agitadas; fue la última vez que vi a Frey en vida, despidiéndose cuando emprendíamos el regreso, teniendo como marco la grandiosa selva, que dentro de pocos días sería su tumba.*

Lo demás fácilmente se relata: el regreso a Mérida en avión, la visita a los scouts en el día de San Jorge; el regreso en barco hasta Veracruz y, por fin, México.



Felguérez (extremo inf. der.) en el río subterráneo con sus compañeros de clan, *circa* segunda mitad de los años cuarenta del siglo pasado.
(Foto cortesía de Mercedes Oteyza.)

No pierdo las esperanzas, a mi regreso del Rover Moot, de volver a penetrar a la gran selva. Tengo ya noticias, por el lagartero que conocí en Tenosique, del que ya di algunos detalles, de una gran ciudad que debe ser maya, y que solo él dice conocer en sus viajes, ayudado por la casualidad; está casi en la frontera con Guatemala y espero, Dios Mediante, tratar de visitar más maravillas de este México que todos nosotros como mexicanos y como scouts, tanto amamos.

* Carlos Tello Díaz aborda con mayor amplitud la escabrosa muerte de Frey, ahogado en las aguas del río Lacanjá, en las páginas de *En la selva. Crónica de un viaje por la Lacandona* (Joaquín Mortíz, 2004). (N. del E.)

Tres meses en el Amazonas (fragmento)*

ENRIQUE JOLLY, R.S.

I

Hace dos años y pocos días, terminábamos los preparativos de un viaje que nunca imaginamos fuera a recordarse con tanta claridad. He vuelto a vivir cada momento y cada emoción y me vienen a la mente mil pequeños detalles que ahora se traducen en una sencilla sonrisa de dulce recuerdo.

Estábamos alojados en una escuela, en un local scout cerca de la plaza San Martín, en Lima, Perú, y los preparativos eran para un viaje dentro de otro viaje, y puede decirse que casi tocábamos ya el umbral de una región que tanto tiempo nos había apasionado a tal grado que, confieso, nunca imaginé Sudamérica más que en la forma de una fantástica selva, atravesada por un no menos fantástico río, el Amazonas.

En fin, los preparativos que una gran parte debíamos resolver en Lima, prácticamente estaban resueltos y partimos a Quito, Ecuador. Ahí en medio de una actividad casi febril, completamos nuestro reducido equipo, ayudados por buenos amigos scouts que llegaron a sentir casi la misma emoción ante lo desconocido que nos poseía desde nuestra salida de México.

Sergio Fernández, mi compañero de aventura, en estos preparativos tomó el cargo de Relaciones Exteriores. Yo, a mi

* Publicado en los números 8 al 13 de *Siete Azul. Voz y pensamiento del grupo 7 de México, D.F.*, entre abril de 1958 y febrero de 1959. La crónica consigna la primera parte de la expedición realizada por el autor y Sergio Fernández Vázquez (1933-2017), compañero de clan del mismo grupo, y del que se tiene referencia que elaboró su respectiva relación del viaje, la cual permanece inédita. Iniciaron su expedición en Lima, Perú, de donde se trasladaron a la Amazonia ecuatoriana, desconociéndose si Jolly llegó a publicar el resto de su relato. (N. del E.)

vez, tenía el de Administración y Consejo Técnico, aunque puede decirse que ambos tuvimos que aprender desde coser a máquina, hasta fabricar bolsas de polietileno... Nuestro presupuesto era muy reducido y el problema era el de con lo menos posible llevar lo indispensable.

Por fin una tarde, dos meses después de haber desembarcado en Callao, teníamos pronto nuestro equipaje: dos mochilas llenas, dos costales y algunas menudencias para llevar en la mano. En total ciento ochenta kilos aparte de nuestros huesos y preocupaciones. Digno de mencionarse, pues nosotros lo llamábamos “El Tesoro”, era una latita de chiles chipotles y un cuartito de tequila, obsequios del embajador de México en Ecuador.

Pasó el trago amargo de las despedidas, que no apreciamos en todo su valor dramático, hasta que nos encontramos prácticamente fuera de la llamada civilización... En este instante recordamos todo, la gente querida de nuestra patria, nuestros nuevos amigos y un letrero que señaló el comienzo real del viaje: “Camino de Orellana al descubrimiento del Amazonas”.

Cumbaco, Pifo, Filo de Conales... y pasábamos la helada cordillera de los Andes; niebla, lluvia. Una pequeña parte del trayecto la hicimos en un camión que cargaba encomiendas del correo de madrugada y ateridos de frío. Recuerdo un bulto junto a mí que nunca imaginé fuera lo que era hasta que, con un movimiento pausado, estiró la mano y dijo “¡Son diez sucres!”

Estábamos pues en Papallacta, caserío pintoresco, enclavado en una cañada junto a un rebotante y escandaloso río de una par de metros de ancho, desagüe del pequeño lago de Papallacta. Una capillita blanca, que cubría a ratos la niebla, pero que resaltaba airosa de la enorme vegetación que, a pesar de la altura, crece debido a la gran humedad. Junto a la capilla un simpático misionero con grandes barbas, nos recibió con una cara de sorpresa y curiosidad. Una charla ame-

na, salpicada de simpáticos comentarios y buenos brochazos de formidables aventuras, todo ello por supuesto de boca de nuestro misionero barbón, que en un ambiente propicio nos tuvo dos horas atónitos de asombro.

Hubo de interrumpirse la plática ya que nuestro equipaje o bártulos, que es más apropiado, estaban cargados en una infeliz mula que coceaba y que hizo que se apresurara la despedida del simpático Fray Barbón.

Papallacta se perdió pronto allá arriba, ahora sólo quedaba delante de nosotros un caminito serpenteante siempre de bajada y a nuestros ojos interminable.

Cabe ahora presentar a nuestro guía: don Pepe. Recio serrano, de una voluntad de hierro como pudimos comprobar poco tiempo después. Lo conocimos una semana antes en el correo de Quito. Nos lo recomendaron por ser quien lleva las encomiendas una vez al mes de Quito a Tena. Dispuso de una mula, para nuestro equipaje que con el resto sumaban nueve, pero que al llegar a Tena iéramos once! A todo se acostumbra uno, creo que sólo nos hacían falta las herraduras.

La veredita bordea casi constantemente el río Papallacta, cruzando a cada momento pequeños arroyos, que al sumarse al Papallacta lo ensancha a ojos vistas.

La lluvia continúa, el camino lodoso, el río bota y rebota, a los lados pequeñas cascadas que ponen collares de plata a las montañas. Un puñado de *tostado* (maíz tostado) y una pinolada es nuestro desayuno y comida.

Cuyuja es el nombre de una casita que en estos rumbos hace las veces de un poblado. Primera noche en el vertiente del Amazonas. Como fondo musical los ruidos de la noche y el rumor del río. Una pinolada y otro puño de *tostado*, nuestra cena. Que extrañas se oyen las canciones tocadas en la armónica.

El amanecer nos encuentra caminando, sigue la lluvia, pero el clima es agradable. Cruzamos arroyos ahora más grandes, el río va tomando el aspecto de un gigante sus pa-

sos son más impetuosos; ya dejó de ser el tímido Papallacta para convertirse en el potente Quijos. Tenemos que cruzar a cada rato lodazales en los que, a veces, nos hundimos hasta las rodillas. La lluvia ya no estorba... ya nos acostumbramos a ella. La vegetación es enorme y de una fascinante belleza, hace olvidar el cansancio y da pie para maravillosas elucubraciones.

Otro día más, con lluvia también. Después de una noche de sueño profundísimo, otra jornada más larga y más cansada, la lluvia pasa a un plano inferior, ahora son los pies que comienzan a agrietarse y se hacen dolorosos. La llegada, cayendo la tarde al arrayán se nos figura la llegada al paraíso, la consabida pinolada, el *tostado* y un café caliente llenan máximas aspiraciones. Ya no se oyó la armónica, el único comentario que con trabajos salió de nuestros labios fue al escuchar a los monos aulladores.

El sueño borra fatigas. Comenzamos la nueva jornada con ánimo, y como a todo llega a acostumbrarse el cuerpo menos a no comer, ya hasta los pies no tenían importancia. El paisaje era todo, a veces distinguimos los pies nevados que van quedando atrás cuando la niebla lo permite. Éste fue, quizá, la jornada más larga: cuarenta y dos kilómetros que, con lluvia, lodo y el paso del río Cosanza, nos hicieron parecer como sesenta. Al llegar a Cosanza, el río había arrasado el pequeño puente. Hubo que pasar las mulas una a una, creyendo cada vez que las arrastraría el río. Don Pepe no sé de dónde sacaba fuerza, no sólo para pasarlas sino levantarles las ancas casi en vilo.

Esta vez nuestro paraíso se llamó Jondachi, y tomó la forma de un caldo, pechuga de gallo, arroz y agua caliente para los pies.

Al alba despedimos la casita de Jondachi. La jornada nos llevó hasta Archidona, poblado, con iglesia y hotel. Lo de hotel es mera palabra, pero en tales circunstancias, creo que

es el nombre adecuado, aunque solo tenga dos cuartos... comida abundante y sueño reparador.

La siguiente jornada, Tena; aquí se queda don Pepe. Nos despide con mucho cariño; conviviendo varios días hemos llegado a tener una buena amistad.



Sergio Fernández y Enrique Jolly.
(Fotografía tomada del boletín *Siete Azul*.)

II

A pesar del cansancio por las largas jornadas sobre el lodo, que a veces nos llegaba hasta la rodilla, cuando no eran charcos o “arroyuelos” que vadeábamos con el agua a la cintura, y a pesar también de las grietas tan dolorosas producidas en los pies por estar en constante humedad, al caminar bajo la lluvia por lugares que superaban en belleza a todo lo que habíamos imaginado, nos sentimos de buen humor, desbordante y comunicativo. Todas las angustias, desvelos, preocupaciones y malos ratos pasados al organizar el viaje, fueron quedando atrás. El programa que tanto tiempo nos había llevado en elaborar, sin darnos cuenta lo fuimos olvidando. No habría ya ningún reloj exigente que nos persiguiera con sus manecillas implacables. Poco a poco nos adaptamos al único modo lógico de medir el tiempo ahí; por el estómago.

Sabíamos que había mañana, porque veíamos y gozábamos viendo la invasión de la luz. Nos alegraba la llegada de la noche porque significaba reposo después de un día de vida intensa.

La llegada a Tena trajo consigo la inevitable despedida de don Pepe, tan buen amigo ya, que se llevaba con él el último jirón de “civilización”. Delante y a pocos kilómetros, el río, y el resto de la selva.

A lo lejos se distinguen apenas las siluetas de don Pepe y las mulas. Un nudo en la garganta me impide contestar cuando creo escuchar que me grita: “Don Enrique es la hora de la *cachimba*”. Cada vez que me lo dijo, encendí mi pipa, pero ninguna vez dejó de llover. Los serranos tienen la idea que fumando la pipa acaba la lluvia. “Será que no la fuma bien”, me decía.

Entonces no apreciamos el valor que tendrían como recuerdos aquellos días de caminata, en medio de lugares tan sugerentes; sin embargo, nuestros ojos se acostumbraban a ver la cara de la selva. Poco a poco, comenzamos a distinguir y reconocer sus ruidos; comenzábamos a amarla.

En Tena nos reciben con gusto, limonada y naranjas.

Días de verdadero descanso, hacen que recuperemos las fuerzas; el lugar ante todo se presta. De las treinta o cuarenta casas apenas se distinguen las más próximas, los árboles frutales las ocultan.

Todo parece un jardín que se acaba allá del otro lado del clarísimo río Misahualli, allá donde comienza la selva, el marco perfecto.

Utilizamos el tiempo en escribir y platicar con nuestros nuevos y amables amigos.

Pronto se esparció la noticia de nuestra llegada, cuando pasamos por la única calle, rumbo a la misión: todos salen a las puertas y ventanas, tras de nosotros va naciendo el rumor de los comentarios. A nuestro paso la gente teje leyendas.

Durante las veladas, en la conversación a veces salpicada por el sonido de nuestras armónicas, comenzamos a tener pequeños conocimientos de la selva en su aspecto real, de boca de gente conocedora de la región. Por ejemplo, una de las cosas que nos causaba profunda curiosidad y no poco temor era la *chicharra machacui*. Tanto la habíamos oído citar, unas veces como una de las cosas más terríficas de la selva, otras como la espantosa “mariposa venenosa” que, cuando con no pocos cuidados nos enseñaron una, teníamos miedo hasta de mirarla. Después de observarla, nuestro temor se convirtió en una cierta admiración. Es sin duda un insecto extraño. Tiene una prolongación en la cabeza, que mide más de un tercio de su tamaño, en forma de cabeza de lagarto, con unos dibujos que dan la impresión de afilados colmillos, el resto es una simple chicharra. El asunto del veneno fue fácil de explicar, ya que tiene un proboscis muy agudo, que dirige hacia delante al posarse sobre algo. Con él se alimenta de la savia de los árboles algunos de los cuales pueden ser tóxicos. Nadie pudo decirnos que hubieran matado a alguien. Dedujimos la posibilidad, una entre miles quizá, de que el piquete de la chicharra al topar en su vuelo torpe hacia la luz, con algún individuo, lo haya envenenado, ayudado por su aspecto tan impresionante y por ese suceso casual el temor de las gentes raya en lo absurdo.

En estos días comenzó nuestro aprendizaje del quechua, al menos lo estrictamente indispensable. Les causaba risa a nuestras maestras el que no le diéramos la entonación requerida. Me hacían pensar a veces que decía cosas impropias... En el quechua no existe la “e” y la “o”, y al escucharlo parece monótono pero muy dulce.

El tiempo seguía. Las ansias de llegar al Napo iban en aumento y a pesar de haber aprendido de dicho y hecho esa frase tan popular de la filosofía indígena: *Calla pas puncha tiangani* (Que también mañana ha de haber día).

Se llegó el momento de cambiar el estado de reposo por el de *pédibus a pie* hacia Napo.

Hicimos las despedidas lo más cortas posibles, y sin embargo fueron tales y de tal modo, que en lugar de pasar el río Misahualli para salir del poblado a las diez de la mañana, lo cruzamos en canoa buen rato después de la comida. Varias veces estuvimos a punto de quedarnos por más tiempo.

En el camino hacia Napo nos encontramos con el jefe político del Tena, que consiente de su “deber”, después de indagar hasta quedar satisfecho nuestra procedencia, objeto de nuestro viaje y comentarios amables sobre la estancia en Tena, nos firmó el pasaporte (afirmaba que ese era su deber...) utilizando para ello dos hojas y media y, por supuesto, todo lo hizo sin bajar del caballo.

No soplabla la más ligera brisa, el cielo nublado, el ambiente pesado era un preludio perfecto a la tormenta.

Los ocho kilómetros de camino de Tena a Napo, por una vereda que serpenteaba bajo las bóvedas inmensas de una catedral vegetal ora bordeando un arroyo o brincando sobre el lomo de un gigante caído, los recorrimos en el silencio. El ambiente casi misterioso que da a la selva un atardecer oscuro, y mis pensamientos inspirados por el tiempo y el lugar, hicieron que al escuchar el ruido sordo del río Napo, me recorriera por todo el cuerpo el escalofrío que produce una impresión extraña. Un temor, mezcla de respeto y admiración me invadió al ver las aguas verde oscuro del ya “nuestro Napo”. El fin de la primera etapa, el comienzo de la segunda que, quizá, sería decisiva. En esas aguas ondulaban temores que hacían más febril esa ansia de aventura, que en este lugar hacia realidad la esperanza en tantos años contenida. Cuántas cosas nuevas teníamos por delante, eso el tiempo lo diría. ¡Qué difícil es poner en palabras ese tumulto de sensaciones que casi me mareaba!

Esa orilla pedregosa era el límite de muchos esfuerzos, era el comienzo de sabe dios cuántas aventuras y nuevas impresiones.

III

“Puerto Napo” se le llama a una orilla pedregosa rodeada de algunas casas, las más, confundidas con la selva; a una de ellas, quizá la más agradable, nos llevó don Ignacio, un robusto viejo de más de setenta y cinco años, curtido, con la sonrisa pronta en la boca. Nos dio la bienvenida, disponiendo sobre una mesa casi medio centenar de naranjas. La plática comenzaba entonces, terminó bastante después de la cena, servida amablemente por su segunda esposa, mestiza, con la que ha tenido cuatro hijos, el mayor de cinco años y el menor de un año y pico, que ayudaron a hacer la cena más agradable, pues a pesar de que don Ignacio los trata y los mima como a sus nietos, están muy bien educados. Ya acostado, saboreo a mi gusto todo lo que hemos escuchado de boca de don Ignacio. Sus viajes y experiencias en la selva; a ésta la admira, la quiere y su plática hace contagiosos sus sentimientos.

Verdadera satisfacción siento de estar aquí; esta primera noche en nuestro río Napo será inolvidable...

Al levantarme, sentí una laxitud y un pequeño mareo; al principio lo atribuí al cansancio de los días anteriores y no le di mayor importancia, y después del succulento desayuno, lo había olvidado. No sería, sino bastante tiempo después, que descubrí que esa debilidad era debida a una sangría, que por la noche nos había hecho un “vampiro”. Es precisamente en esta región donde más abundan, de todo el Alto Amazonas. Es casi de todos los días encontrar palomas y hasta patos o gallinas, muertas durante la noche. “Los chupó el murcié-

lago”, dicen con una simpleza, que nos hace ver que están acostumbrados.

Varias veces después, aún durmiendo bajo el mosquitero, encontramos la característica mancha de sangre en el suelo. Mordían las partes con que rozábamos el mosquitero, la rodilla, el codo, o el dedo gordo del pie. También a eso nos acostumbremos...

Después del almuerzo dediqué un buen rato a la caza. Tenía ansias de estrenar con alguna pieza la escopeta y lo logré; al cabo de media hora de correr tras un gallo, logré tumbarlo patas arriba sin cabeza. Era un gallo que don Ignacio quiso sacrificar para la comida: correteaba a gallina ajenas y era, por tanto, un buen candidato al puchero. Así estrené la escopeta, con una pieza de pluma en medio de la selva.

Puerto Napo se halla situado a un par de kilómetros de sus cabeceras; en éstas se encuentra la hacienda de Ilha, hogar a donde mandó traer don Ignacio nuestra canoa. Poco después del almuerzo, vi a don Ignacio hablando con algunos indígenas que acababan de llegar de Ilha; terminando, se dirigió a mí, y me dijo que había dispuesto que el primer tramo del río, es decir, los primeros tres días, los recorriéramos en la canoa del correo, que baja cada diez días, pues le parecía más conveniente que estuviéramos acompañados por los *bogas** experimentados. Le costó trabajo convencerme, y accedí con la idea dentro de mí de que, en la primera oportunidad, compraríamos una canoa y así tendríamos completa independencia. Por otra parte, hubiera sido difícil hacerle comprender que los rápidos y correntadas queríamos pasarlos solos, después de los peligros que me pintó y que solo sirvieron para avivar más el deseo de pasarlos a nuestro gusto; sin embargo, él era la única persona que podía proporcionarnos una canoa en toda esa parte del río.

La buena intención de don Ignacio fue patente en todo momento, hasta que nos despedimos. Dejamos un amigo.

*Remeros. (N. del E.)

La canoa de once metros de largo por sesenta centímetros de ancho, de *ahuanis* o *canoa-caspi*, madera resistente al agua, nos pareció al principio imponente. Un *popero*, sentado en el extremo posterior, encargado de dirigirla y dos *bogas* cerca del extremo anterior, encargados de impulsarla. Poco atrás de ellos, nosotros sentados casi sobre el fondo.

Todo comenzó a pasar rápidamente, nuestras ideas y las orillas. Cuando menos lo imaginábamos estábamos sobre el primer rápido, las olas de lejos parecían de juguete en comparación con el ancho del río, pero una vez estando entre ellas nos dieron el primer susto. Tan grande era que la imponente canoa se nos figuró un palillo; a veces entrábamos de proa sobre la mitad de alguna, y recibíamos una cubetada de agua en la cara, los *bogas* delante de nosotros desaparecían. Largas playas pedregosas pasaban rápidamente. La primera media hora fue de una tensión extrema, a cada momento sentíamos que la canoa viraría.

A pesar de todo no dejé de exclamar: “No cambio estos instantes por nada del mundo, valió la pena vivir, solo por estos momentos”.

Adelante, el “remolino de latas”, un ruido ensordecedor. Noto la tensión de los *bogas*, con trabajo uno de ellos se levanta un poco para abarcar mejor la situación. Da una orden rápidamente y antes que pueda pensarlo estamos dentro; unas remadas rápidas y vigorosas colocan la canoa en el sitio preciso para que el mismo remolino la saque. A un lado dejamos el vórtice que gira implacable, una corriente rápida nos arrastra hacia una pared; la vista me dice que nos estrellaremos, pero la corriente nos lleva a sólo cuatro metros del paredón, con el tiempo exacto para desviar la canoa y salir con bien del famoso remolino. Las risas de los *bogas* nos lo indican; apenas un respiro, pues la siguiente correntada está en la proa que gozo en cada mojada y cada remazo para evitar un peligro. Me alegro que sean tres días de correntadas, tengo ganas de regresar y volver a empezar.

La noche se acerca, a lo lejos una cabañita. Misahualli, una última correntada y atracamos. Empapados sacamos nuestro equipaje. Una cena rápida, cuatro huevos cocidos por cabeza; antes de dormir, indago acerca de alguna canoa que podamos comprar... nada. Qué agradable es el descanso después de un día de intensa vibración.

Las últimas horas, nos parecieron minutos, no tengo idea cuánto recorrimos: vi playas, desembocaduras de pequeños ríos y pocas cosas más; nuestras ideas giraban alrededor de los próximos rápidos, nuestra vista y el oído pendientes solo de ellos. ¿Será mañana otro día igual, pasaremos mayores peligros? Estos pensamientos me hacían desear llegara pronto el día; mientras, dormiría sin sobresaltos pues fuera del día siguiente, nada nos preocupaba.



Sergio Fernández.
(Fotografía tomada del boletín *Siete Azul*.)

IV

Está todavía oscuro cuando nos despiertan los *bogas*. Hace fresco y nos cuesta salir de las bolsas de dormir. El murmullo de la selva es apagado, apenas distingo los ruidos que produce la brisa entre los árboles. Respiro un aire cargado de aromas nuevos. El cielo despejado se me figura enorme, las estrellas más cerca y en tal cantidad que me dio la sensación de ver algo nuevo. Un cielo que no conocía.

Metemos nuestro equipo a la canoa y, con los pies en el agua, la empujamos de la orilla pedregosa; un brinco, una remada y ya en el centro de la corriente comienza otra etapa. Se rema en silencio, tal parece que se espera con respeto la llegada de la luz y que las voces romperían el encanto de las sombras y las luces reflejadas en las ondas.

Las estrellas palidecen de pronto. La luz invade todo a ojos vistas. No hace apenas cinco minutos navegábamos entre dos sombras oscuras que ahora son dos murallas de verdura.

A lo lejos sentimos el ruido característico de un rápido. Ha aclarado completamente cuando entramos en él; un escalofrió me recorre al sentir el baño en la cara y en todo el cuerpo, es vibración de vida. Rompo el silencio al no poder evitar un grito de emoción y gusto: “¡Jaripeo!”, de nuevo a cabalgar sobre las olas. Sergio me hace eco, lanzando un grito muy mexicano de su “ronco pecho”.

Entre correntada y correntada, aprovechamos para ver el río y sus orillas. Las raíces de los árboles de las orillas se me figuran pies de gigantes en remojo; a veces, ramas y lianas cuelgan sobre el río peinando las ondas. De una orilla a otra vemos volar a cada momento parvadas de escandalosos pericos, o parejas de guacamayas que dan un brochazo de colores al cielo; las garzas pasan a veces cerca de nosotros con su vuelo pausado, majestuoso.

La canoa nos parece segura y no se siente el menor temor al acercarse cada rápido; hay, sin embargo, un sentimiento constante de emoción por lo inesperado.

Devoramos con la vista los colores y el movimiento; a pesar de que las orillas son en apariencia monótonas, se pasan horas viendo pasar los árboles, pues a veces da la impresión de que la canoa y el río están inmóviles y son los árboles los que se mueven.

El ritmo de las remadas es dado por un golpe con el remo sobre la borda entre cada palada. Durante un buen tramo sin correntadas, los *bogas* comienzan a canturrear algo al compás de las remadas; es una melodía sencilla, que repiten tres o cuatro veces y al cabo la terminan con notas bajas. No me parece que lo que oigo salga de gargantas humanas: se me figura irreal y misterioso, como si oyera por primera vez el grito de un animal desconocido.

Cuando el sol está sobre nuestras cabezas nos detenemos a almorzar. Uno de los *bogas* pela con los dientes unos plátanos verdes que va metiendo en una marmita, la que coloca el fuego que prendió el otro; esto lo hacen tan rápido, que no tenemos tiempo de ofrecer nuestra ayuda. Aprovechamos para sacar fotografías y limpiar la escopeta. Uno de los *bogas* me señala la ribera opuesta, y me dice: “Infieles”. Cuántas cosas me hace pensar esta palabra. La ribera es el límite de los terrenos de los *aucas*, los temibles indios salvajes. Para definirlos, la gente dice: “Ver un *auca* es morir”. Pienso muchas cosas mientras ingiero mis tres plátanos cocidos, que son mi ración del almuerzo.

Nos embarcamos y proseguimos la navegación. Las correntadas son menos frecuentes, el río se ensancha y ahora el principal problema está en buscar donde la corriente es mayor.

Atrás apenas se distingue ya el volcán Sumaco, que es un chicharito en el horizonte. El río se ensancha poco a poco, los árboles de las riberas se ven más bajos, aumentando así

el horizonte visual. Las correntadas cada vez más alejadas, y algunas ya difíciles de distinguir, más parecía que hervía el río.

Un grito y los *bogas* reman hacia una orilla con furor; atraca la canoa y uno de ellos salta con la escopeta de chispa en la mano. Yo le sigo con la mía, aún nervioso ya que grito, y las prisas me hicieron pensar en *aucas* y no en las *pavas*. Delante de mí oigo un disparo y, un momento después, el boga con una pava en la mano. La pareja se fue y, por fortuna, no me dio ocasión de intentar dispararle, pues me di cuenta que mi escopeta estaba empapada. Buena lección y que podía haber sido otra cosa...

En fin, con la cena asegurada la tarde transcurrió agradable, el río calmado, casi no llovió en todo el día y el atardecer recreó nuestra vista.

Antes de oscurecer atracamos en una playa, sobre la ribera de los “infieles”. En unos cuantos minutos, había fuego, se comenzaba a levantar un refugio y la *pava* se desplumaba. Me di cuenta entonces el porqué, antes que se bajara nada de la canoa, ya estaba alguien encendiendo fuego: era materialmente imposible hacer algo fuera del humo de la fogata, sin ser prácticamente devorado por los mosquitos, pues a pesar de usar repelente en manos y cara era inútil, pues nos picaban a través de los pantalones y la camisa, sin misericordia. Por fortuna, ya bien oscurecido, no molestan tanto y hay pendiente un trozo de *pava* y un plato de avena espesa... ni un solo comentario escuchamos de boca de los *bogas* y, sin embargo, nos entendíamos suficiente. Cuando se terminó de cocinar, apagaron las fogatas. Uno de ellos me explicó el porqué: “Mejor mosquito que *auca*”.

Metimos nuestros pensamientos en las bolsas de dormir y teniendo a mano escopeta, rifle, cuchillos y deseando no ver *aucas* ni en sueños, les dimos las buenas noches a nuestros silenciosos compañeros.

Despierto sobresaltado, a mi alrededor un enorme charco y anegada completamente mi bolsa de dormir; esto me produce una sensación extraña que al principio no puedo definir. Pienso en *aucas*, serpientes y no sé cuántas cosas más; sin embargo, a pesar del aguacero caído durante la noche, dormí bien. Despierto a Sergio salpicándole agua en la cara, se levanta como un resorte y me mira con ojos de azorado, seguramente piensa también en *aucas*...

Comienza a amanecer y estamos navegando de nuevo. El día despierta nublado.

Son poco más de la diez, comienza a llover, sopla una brisa ligera y tal parece que va a arreciar; en efecto, no tardó mucho en desatarse el aguacero, por fortuna no podemos ya mojarnos más de como amanecimos. Hemos navegado más de una hora bajo el torrente hasta que uno de los *bogas* sueña la “caracola”, anunciando así la llegada de la canoa a un ranchito.

Desembarcamos resbalando sobre la orilla lodosa para refugiarnos bajo techo. Es la hora del almuerzo y llegamos por tanto a buena hora... nos invitan a pasar a la mesa, y las presentaciones y explicaciones las mezclamos con un buen plato de arroz con pollo, yuca cocida y plátano asado.

Se encienden los cigarros y comienza la plática de sobremesa. La lluvia sigue en su apogeo al par de la plática. Se habla de *aucas* y de las experiencias que cada uno ha tenido en alguna ocasión en relación con ellos; no por nada los tienen simplemente “al otro lado del río”.

Los comentarios son abundantes debido, quizás, a que hace apenas cuatro meses fueron muertos cinco misioneros que trataban de trabar relaciones con ellos.

Algunos de los comentarios, se remontan hasta la época de los caucheros, en la que se hicieron muchas incursiones en esa región; desde entonces es que los *aucas* aprendieron

a temer y a odiar al blanco, ya que trataron de esclavizarlos, Winchester 44 en mano; sin embargo, nunca se doblegaron y hasta la fecha se respetan sus afiladas lanzas de *chonta* y sus sigilosos pasos en la selva.

Entre la plática salen a relucir *bodequeras* o cerbatanas, y nos muestran una. Un pollo a unos doce metros de distancia sirve de blanco: es asombrosa la velocidad con que sale disparado el *virote* o saeta. La *bodequera* está hecha de dos tiras de madera fibrosa, negra y durísima, sacada de una palmera llamada *chonta* o *pona*. A estas tiras les hacen unos canales que, al ensamblarse, forman un tubo perfectamente pulido, que es ni más ni menos que el cañón de un rifle. Los *virotés* son astillas de una palmera llamada *inayuga*, pulidas, un extremoafiladísimo, y cerca del otro le enrollan un trozo de algodón del *ceibón*. Miden alrededor de treinta centímetros. Impulsadas con fuerza y a una distancia de diez metros, penetran en la carne hasta cinco centímetros. Al *carcaj* donde guardan las saetas le llaman *matiri*, en el tienen siempre buena provisión de *virotés* con *curare* o veneno cuando salen de caza; a estos, les hacen una pequeña incisión donde acaba el veneno para debilitar esa parte de *virote*; así, cuando el animal herido, un mono, por ejemplo, trata de quitársela, lo rompe dejando el trozo envenenado en su carne.

La plática no puede ser más interesante, pero comienza a amainar la lluvia y aprovechamos para despedirnos, ya que queremos llegar hoy mismo a Primavera, una hacienda donde queremos pasar algunos días, y todavía queda un largo trecho por recorrer.

Nos queda una buena impresión de esta gente tan hospitalaria. Son las dos de la tarde y estamos en la desembocadura del río Coca; aquí volvemos a encontrar el camino que siguió Orellana al descubrimiento del Amazonas. Nos desviamos de él algo más de cuarenta kilómetros, pero desde ahora lo seguiremos hasta la desembocadura del Napo, y luego a la del propio río Mar, en el Atlántico.

El río se ha llevado el terreno donde estaba el pueblecito de Francisco de Orellana, ahora sólo queda una casita de una familia que nos recibe también cordialmente. Nos ofrece café.

Tanta fiesta le hacemos Sergio y yo a un simpático monito *variso** que hace travesuras por toda la casa, que nos lo regalan, no sé si por darnos gusto o deshacerse de él... le llamaremos *Coco*, en recuerdo de este lugar.

De aquí a Primavera son poco más de tres horas. *Coco* viaja prendido del cuello de Sergio.

Cerca de nosotros se desprende un pedazo de la orilla con dos o tres árboles, y cae pesadamente al río produciendo un gran estruendo y una oleada de agua que hace bambolear peligrosamente la canoa.

No fueron más de tres o cuatro toneladas, pero nos hacen pensar en los grandes desprendimientos, a veces de kilómetros, que cambian de un momento a otro el curso del río, siendo peligroso aún para los grandes barcos.

Por fin, sobre una loma en un recodo del río, aparecen las casitas de Primavera. Unos remazos para ganar la corriente de la orilla y en un momento estaremos en el atracadero.

Los *bogas* nos ayudan a desembarcar nuestro equipaje.

Nos reciben don Jorge Rodríguez, dueño de la hacienda, para quien traemos unas recomendaciones de familiares suyos de Quito; es un hombre de unos sesenta años, bajito, delgado, de piel curtida y de trato muy fino. Nos es simpático desde el primer momento. Nos hace pasar a la casa, bastante grande, elevada unos dos metros del suelo, montada sobre pilotes de *huacape*, madera durísima e incorruptible. Una escalera tallada toscamente en un tronco, es el único acceso. Por ella subimos tras de don Jorge, que nos lleva a presentar a su familia: su esposa y su hija. Nos habla de su otro hijo que vive con su esposa, dos horas río abajo. Pronto vendrá.

*Mono ardilla. (N. del E.)

Nos despedimos de los *bogas*, dándoles algunos regalos. Se van felices.

Las nubes bajas se pierden sobre la ribera de los *aucas*. Comienza a anochecer y don Jorge nos invita a pasar a la mesa. Platicamos de su familia en Quito, del río... la cena, abundante. La mesa presenta un aspecto original, alumbrada por una botella con mecha y kerosene, da unos colores extraños a la comida. Las sombras que se proyectan en la pared son caprichosas y grotescas; la gentileza de don Jorge y lo sabroso de la comida completan el cuadro.

Sigue la plática después de la cena.

Se encienden los cigarros y las pipas. El río avanza calladamente allá abajo, aquí la conversación chisporrotea animada, alrededor un concierto de grillos.



Sergio Fernández.
(Fotografía tomada del boletín *Siete Azul*.)

VI

Las maniobras de *Coco* por salir del mosquitero trepando sobre nosotros, me despiertan; en la casa hace un buen rato

comenzó el movimiento. El sol ya está alto. Bajo el delgado piso de palmera *chonta*, patos, gallinas y perros arman una baraúnda que hace que *Coco* se asome por las rejillas, agachándose con una postura tan cómica que la risa nos hace despertar completamente.

Don Jorge nos ofrece una taza de café cargado, según él, “para quitar el mal sabor de boca y esperar con paciencia el desayuno”, éste no se hace esperar mucho, pues despertamos tarde: arroz con carne, acompañado de yuca y plátanos asados, queso, leche y, para terminar, una tisana o té de *huayusa*, que tiene un ligero sabor amargo.

Después de reposar un buen rato el desayuno, don Jorge nos invita a conocer la hacienda.

Un buen trozo de terreno despejado dividido en potreros rodea la casa principal; a un lado de ésta, y también frente al río, un pequeño trapiche movido por una mula. Algunas vacas en el potrero y atrás de éste una o dos hectáreas sembradas de caña y a los lados cafetos. El paseo, aunque no largo se prolonga bastante por la charla agradable de don Jorge, contestando con una paciencia y lujo de detalles a las preguntas que provoca nuestra curiosidad.

Cuando regresamos es ya la hora de la comida, y sin chistar nos sentamos a la mesa.

Fumando y platicando nos levantamos de la mesa, después del “Disculpe, no más” de don Jorge que pone término a la comida, Así, en seguida nos disponemos a dormir la siesta en las hamacas; el clima, la comida o no sé qué, es lo que la hace indispensable, y por lo mismo es una especie de rito que, en lo que a mí me toca, no lo desaprovecho.

Utilizo lo que resta de la tarde en poner tres líneas con carnada en la orilla del río, y recostarme en un troncón a contemplar el atardecer con sus colores jugueteando en el cielo.

Una vez oculto el sol, apenas me da tiempo de renovar las carnadas y refugiarme en la casa a la luz de las linternas.

Después de cenar escribo bajo el mosquitero: “A veces los días que son bellos, cuesta trabajo definirlos, son como la belleza inmóvil, que de su contemplación resulta un sentimiento extraño, pero agradable”.

Después del desayuno, me voy con la escopeta a dar un paseo por la selva. Encuentro un sedero que, al cabo de media hora, me lleva a un arroyito de agua clara. Aprovecho para darme un baño y lavar la ropa que traigo puesta; siento extraño lavarme en agua clara, ya que siempre lo hacemos en el río, y siempre queda la impresión de no quedar bien limpio. Corto tres enormes hojas, que son suficientes para tenderme sobre ellas cuán largo soy, para secarme y esperar a que seque mi ropa; así, tendido y sin moverme, comienzo al cabo de un rato a distinguir entre el follaje el movimiento de los pájaros. Uno de ellos, enorme con un plumaje hermosísimo, despierta mis instintos asesinos, y enseguida con movimientos pausados para no llamar su atención, me visto y preparo la escopeta. Estando lejos para tirarle comienzo a acercarme y luego a seguirlo, pues lo que tiene de bonito lo tiene de inquieto. Casi no veo por donde camino, aunque sé que a mi espalda tengo la veredita. Lo he seguido media hora para tenerlo a tiro: apunto y disparo. Para cobrarlo, tengo que enganchar la escopeta en una rama y jalarme del cañón. Me cuesta casi una hora regresar a la vereda. Emprendo el regreso, matando de paso a cada bicho con plumas que me parece comestible.

Enlodado hasta las cejas, con la camisa desgarrada y con la escopeta sobre los hombros, llego a la hacienda feliz con el tiempo apenas para “lavarme en el río”, cambiarme y sentarme a comer.

Después de la siesta, bajamos al río en una canoa con don Jorge para visitar algunas familias de indios que tienen sus *chacras* río abajo.

Se suelta el aguacero cuando estamos llegando al embarcadero de una *chacra*; desembarcamos y corremos a gua-

recernos en la casita. Una india sentada con las piernas cruzadas, se dedica a hilar *chambira* con un palito que hace girar con los dedos. Nos explica don Jorge cómo hacen el hilo, cómo tuercen luego los cordeles y, por fin, cómo tejen sus redes de pesca. Nos ponemos a aprender a torcer el cordel sobre el muslo. La *chambira* es una fibra sacada de la hoja de una palmera chaparra. Por casualidad hay unas hojas recién traídas, y don Jorge hace que nos muestren cómo se sacan las fibras. Los cordeles hechos con esta fibra son muy resistentes. Intentamos romperlos con las manos, pero no podemos, antes las corta que romperse.

La lluvia escampa, nos despedimos y seguimos río abajo hasta otra *chacra*. Nos ven antes de desembarcar, y se acercan a ayudar a atracar la canoa.

El indio estaba tallando *virotas*, y envenenándolos con *ticuma*; aprovechamos para que nos expliquen cómo tallan los *virotas*. La plática se convierte en una cátedra sobre *bodoqueras* y sus accesorios, que completamos tirando al blanco sobre un *maduro* (plátano) a veinte metros.

Hacemos todavía dos visitas a dos *chacras* más, antes de emprender el regreso de surcada. Atardece, *Coco* hace de las suyas en la canoa, nos conoce bien y se aprovecha haciendo diabluras, yendo y refugiarse al cuello de Sergio cuando a alguien no le parece uno de sus chistes. Surcamos por la orilla, ayudándonos con la *tahona* en troncos y raíces cuando no se encuentra fondo. Pasamos bajo el follaje de los árboles, teniendo que abrir paso a veces entre la maraña de lianas que cuelgan hasta el agua.

La cena está llena de sorpresas para nosotros pues, por primera vez, comemos mono y *huagana* (una especie de jabalí). Lo como primero con curiosidad y luego con voracidad, pues tiene un sabor agradable y la *huagana* ino se diga!

A lo lejos se oyen unas detonaciones opacas: es el Sangay. Nos dice don Jorge que es un volcán que está en actividad. Lo busco en el mapa, mido la distancia y apenas

lo puedo creer: ¡está a doscientos cincuenta kilómetros de distancia y los eructos se oyen muy claros! Esto es debido a lo plano del terreno y, quizás, a la dirección del viento, ya que no se oyen constantemente.

Debajo del mosquitero me pongo a leer, pero no aguanto ni cinco minutos; a través de la malla pasan con toda facilidad unos mosquitos pequeñísimos, a pesar de ser muy cerrada. Se me meten a las orejas y a las narices y su piquete es muy molesto. Los llaman “manto negro” y “manto blanco”. Fue la primera y última vez que pongo la lámpara dentro del mosquitero.

Ayer *Coco* dio una lata tremenda dentro del mosquitero, y decidimos que hoy durmiera afuera amarrado, pero a él no le parece la idea y clama en todos los tonos por sus supuestos derechos. Aprovechamos que le gusta tanto la miel que sólo de olerla es capaz de dejar de dar lata. Se la damos con un poco de tequila, suficiente para que duerma “la mona”. Primero hace gestos, saca la lengua y mueve la cabeza, y vuelve a tomar, ahora ya no hace tantos gestos, pero no puede tomarlo de prisa: parece que tiene la lengua pastosa. Sergio le hace su cama con una camisa en un rincón, lo acuesta y *Coco* no replica, nada, se duerme. Espero que se acostumbre, digo, a dormir fuera del mosquitero.



Río Curacaray.
(Fotografía tomada del boletín *Siete Azul*.)

Un viaje por la Amazonia peruana (selección)*

JOSÉ MIGUEL QUINTANA JR., R.S.

Introducción

Durante los meses de marzo a mayo de 1959, José Miguel Quintana Jr. hizo un amplio recorrido por diversas regiones de Perú.

Tenía el plan ambicioso de visitar Lima, después bajar uno de los afluentes peruanos del Amazonas, seguir su curso, llegar al Atlántico y, por barco, continuar hasta Europa. La realidad le indicó otro camino.

En síntesis, el viaje fue: México-Panamá-Lima-Bogotá-Caracas-México. Hizo una corta expedición a Puno a orillas del lago Titicaca, pasando por Arequipa y Juliaca, y después siguió a Cuzco. En esta región visitó los diversos centros arqueológicos y regresó a Lima, por Abancay, Pucquio e Ica. Salió rumbo al Norte por Chosica, Matucana, San Mateo, Ticlio; cerro de Pasco, la población minera más alta del mundo, a 4,800 metros sobre el nivel del mar; Huánuco, Tingo María y, finalmente, Puerto Nuevo, para iniciar el recorrido por la Amazonia peruana, bajando el Huallaga hasta el Marañón, seguir por la Pastaza y Huasaga, regresar por el Amazonas hasta los límites del Brasil, e internarse al río Yavari.

La correspondencia de Puerto Nuevo en adelante, que hoy se publica, presenta especial interés porque se recorre una zona poco conocida y se relatan las impresiones diariamente vividas, en forma sencilla y espontánea. La primera de las cartas tiene fecha 5 de abril y la última 30 de mayo, ya en

* Edición especial núm. 45 del Instituto Indigenista Interamericano (reimpresión de *América Indígena*, vol. XXX, 3), México, 1961.

el avión de regreso a México; prácticamente dos meses de un viaje lleno de interés y enseñanzas.

El Instituto Indigenista Interamericano publica esta correspondencia, tal y como fue redactada, por reflejar emotivamente cada momento vivido. Las cartas fueron dirigidas a su familia durante el recorrido, para mantenerla informada, y escritas aprovechando los momentos libres.

No es una correspondencia literaria, pues el autor nunca pensó en que fuesen publicadas, tiene por tanto el valor de su espontaneidad, y ser una narración escueta que informa de un largo y difícil recorrido que, sólo con juventud e interés por la aventura y la investigación, puede realizarse.



Mapa del recorrido por la región amazónica,
entre marzo y mayo de 1959.
(Dibujo de Alberto Beltrán.*)

* Alberto Beltrán García (1923-2002) fue un reconocido artista gráfico mexicano, que colaboró en infinidad de publicaciones. (N. del E.)

En la orilla de la selva

PUERTO NUEVO, domingo 5 de abril de 1959. Vi retirarse el camión a Pucallpa al caer la tarde y no vacilé un momento en la determinación de viajar a Iquitos por el Huallaga: Me siento más seguro teniendo la necesidad de la prudencia y el cuidado, y el Huallaga requiere esto. La tarde la pasé escribiendo lo mejor que pude para explicar este cambio de itinerario a mis familiares y aliviar en lo posible su preocupación; y sacar algunas notas de un mapa que prestaron.

Después de la cena tomé el colectivo (autobús) para Puerto Nuevo.

A la mitad del camino comenzó a llover; al llegar era una tormenta terrible que duró toda la noche.

Al despertar mi inquietud fue observar el panorama. El calor no era excesivo, y el ambiente una selva tropical esplendorosa. Me llamó la atención lo crecido del río, por las aguas que se habían soltado en la noche. Su corriente es muy rápida, lleva multitud de troncos y ramas que ha recogido al aumentar considerablemente su caudal; tendrá unos 150 metros de ancho. Este es el río Tullumayo que, a cinco kilómetros de distancia, se une al Huallaga. Las aguas han inundado la orilla del pueblo. Me informan que no habrá lanchas hasta mañana porque las que había, partieron antier y lo crecido del río no permitiría la salida por lo pronto; sin embargo espero impaciente en la “terrazza” de mi hotel el arribo de cada embarcación. Han llegado algunas canoas de motor chico (30 caballos de fuerza) fuera de borda, que viajan a puntos cercanos. La primera impresión es de cierto temor. Mi meta es Tocache.

Son las trece horas y me avisan que sale una canoa de motor a Tocache con mercancía. Sin vacilar hablé con el patrón, salgo dentro de un momento.

PUERTO NUEVO, lunes 6. Me quedé vestido y alborotado. No fue posible salir ayer pues el bote iba excesivamente car-

gado y no había sitio para viajar, me alegro haya sido así pues salieron al caer la tarde y otra tormenta se avecinaba.

Nos traen noticias de que el Huallaga “está bravo”, pues ha subido bastante y su corriente es impetuosa. En cambio, aquí, por la tarde, el río comenzó a bajar hasta alcanzar su nivel normal en temporada de aguas. En el Huallaga los ascensos y descensos son más lentos por la cantidad de ríos que le tributan sus aguas.

Me informan que el Huallaga es el río más feroz de la cuenca y con esto corroboro el calificativo que he oído en Lima de “Río Asesino”.

Hoy me levanté temprano y conseguí irme en otra canoa de motor fuera de borda, con poca carga, pero pasaré la noche en Aucayacu y mañana llegaré a Tocache.

Ayer por la noche llovió bastante.

Hoy encargué a la dueña del mesón mandar unas cartas por el correo de Tingo María, población cercana de cierta importancia.

No he ganado en peso, pero, teniendo cerca la selva, me siento con bastante optimismo.

RÍO HUALLAGA, martes 7. Aprovecho para escribir algunos minutos de sombra que han hecho unas nubes que, amenazadoramente, se van oscureciendo para avisar tormenta. Llevamos apenas 45 minutos de viaje. A las trece horas salimos de Aucayacu y esperamos estar en Tocache al filo de la noche; corto, caen las primeras gotas.

TOCACHE, jueves 9. Han pasado tantas cosas en tan breves momentos que encuentro todo desordenado para escribirlo.

Hoy es jueves, pero hago memoria desde el lunes que salimos.

Lunes: El barullo en Puerto Nuevo comenzó temprano, por lo que averigüé después, lunes y viernes son días en que se despacha mercancía para el centro. Toda la mañana hay movimiento de camiones que se acercan a la orilla a recoger plátanos, madera, café, maíz, etc., de los botes que atracan.

Con la santiguada, fui a ver quién bajaba. Por fortuna había un tal Enrique que iba a Tocache; hablé con él, solo esperaba a un pasajero de Tingo para partir. La mañana se pasó en esperar y a las quince horas salimos. Nuestra meta para este día Aucayacu por lo que, con toda calma, visitamos un *chacra* que pertenece a un consorcio y que administra el ingenio del Águila. Precisamente como lo había soñado. Atracamos; en la orilla se sacaba café, y selva adentro, a unos 400 metros, pasando por unas rampas hechas de carrizos y tablones, atravesamos el terreno pantanoso hasta la casa que el dinero y sin idea permite la selva: construcción de madera sobre tarima y techo de palma muy inclinado y alto para que el agua resbale. “Se hizo la venia, nos dimos la mano y hubo francachela y comilona”: cerveza, café y galletas con mantequilla y mermelada, algo que no probaba hacía tiempo.

TOCACHE, viernes 10. Mi intención fue sujetar Tocache a dos días dentro de mi itinerario, pero al parecer me excedí un poco por la falta de balsas que me bajen a Juanjuí u otro sitio más adelante.

He vuelto a visitar la *chacra*, leído un poco, escrito, dormido y comido; así que de descanso no me puedo quejar.

De mi estancia en Tocache hay algo digno de mencionar pues creo que el jueves 9 de abril será anotado como fecha memorable para la menuda historia de este pueblo. Por primera vez alguien esquió en el río Huallaga, y ese tuve la fortuna de ser yo.

Desde antes de llegar no sé cómo salió a colación en una charla con Enrique de lo de la esquiada, y me dijo que él tenía guardado un par de esquís que había sacado de un diseño de la *Mecánica Popular*, pero que todos los intentos para mantenerse a flote con ellos habían fracasado, y nadie consiguió hacerlos servir. Están hechos de mala madera y con un mocasín clavado en cada uno.

Arreglamos la canoa, quitándole todo el peso y ante la admiración de unos cuantos curiosos salí contra la corriente.

No tardé en dar dos vueltas, cuando la mitad del pueblo se había congregado para ver con cierto asombro la exhibición. Al ver Enrique que era posible deslizarse, intentó varias veces y en la tarde por fin apareció otro esquiador del Huallaga. La velocidad no era buena, pero llegué a hacerlo en un solo esquí.

PUERTO RICO, domingo 12. La selva hoy cambió un poco de aspecto, es más bien baja y sin ese lustre tropical de ayer. El río también ha aumentado su anchura y corre calmado.

Anoche empezó a llover con desesperación apenas atracamos en Juanjuí, a eso de las veintiún horas. Después de una hora se abrió el cielo, lo que nos permitió comer un poco de pescado seco hervido e *inguiri*,* y dormir bajo una palmera a la orilla del río, en Juanjuí. A las tres y media sentí un codazo para que me percatara de las primeras gotas de una tormenta. Así fue, una lluvia torrencial que duró hasta el mediodía y no nos dejó salir. Aproveché el tiempo para ir a misa. Después de Tingo María ésta es la primera iglesia que veo a la orilla del río, a cargo de los misioneros pasionistas.

Aproveché también mi estancia para reponerme comiendo algo verdaderamente sustancioso: pedí puerco y para variar me lo sirvieron con plátanos.

Las largas travesías hacen un sueño tener un buen libro, pero, desgraciadamente, todos los envié de Lima a México; sin embargo, en Juanjuí conseguí dos *Selecciones del Reader's Digest* que, a propósito, tienen una gran aceptación por estos rumbos. La gente carece de libros y un estupendo regalo, que lo reciben como el agua en el desierto, son las revistas, y que inclusive es lo primero que piden a los que llegan de arriba. Pienso leer esto y después canjearlo por otra lectura.

La jornada de hoy ha sido lenta, pues la balsa ha venido deteniéndose para vender su mercadería en los pueblos.

*Plátano verde cocido en agua. Alimento muy popular en la región amazónica. (N. del E.)

Por la tarde ordené mis cosas, lavé ropa y, por un buen rato, nadé siguiendo la balsa. Hoy varió un poco el menú: avena casi negra, por el agua del río, que es casi como para ponérsela de gallo a todas las aguas frescas juntas de México.

El sol me ha dejado ardidos espalda brazos y pies. Estoy desconsolado por la cámara descompuesta, se le trabó el disparador.

Este día que se descargó algo la balsa, instalamos un techo a cuyo abrigo se va deliciosamente sentado, fuera de los rayos del sol que perforan. Ya comienza a hacer más calor.

Temprano atracaremos en Picota, para llegar mañana al mediodía a Shapaja.

SHAPAJA, lunes 13. Otra vez dormimos al sereno, muy temprano se levantó una de los *bogas* a ofrecer su mercadería; se vendió algo y partimos. Dos pueblos más y la balsa quedó topas a flote. La marcha siguió lenta llevados al garete por la corriente; pasando por Pilluana, famosa por su inmensa mina de sal.

Las últimas horas las pasé recostado, leyendo bajo un techo de palma para protegerme del sol.

Por la tarde un fuerte viento de frente con lluvia, nos dejó empapados. Un almuerzo de chanco a la brasa y el con-sabido *inguri*, fue el último momento que pasé platicando con mis compañeros, los infatigables *bogas* en esta travesía que recuerdo con sus sencillas atenciones, y Pedro en especial por un *huainito* (canto serrano) que no dejó de silbar melancólicamente durante todo el recorrido.

SHAPAJA, miércoles 15. Mis dos días de descanso en Shapaja fueron deliciosos. Me dediqué, hasta donde pude, a refinar el menú tratando de comer abundantemente como para recuperar y tomar fuerzas para la nueva jornada que esperaba, en donde alrededor del *inguri* giran esporádicamente algunos alimentos verdaderamente nutritivos. Dormí, leí, y algunos amigos que conocí hicieron agradable mi estancia.

Mi llegada, anticipada a la salida de dos balsas que ahí se construían para llevar ganado a Iquitos, me proporcionó la oportunidad de observar su hábil construcción en dos días. Éstas son más grandes: 32 topas grandes y un chiquero en el centro, donde viajan los toros con todo el confort necesario para una larga travesía.

Agradecí a don Oscar Villacorta su invitación a una opípara comida, que me fortaleció sensiblemente y también que, al quererle pagar el hospedaje, no quiso aceptar nada.



Credencial scout de José Miguel Quintana Jr.

El Río Asesino

Sólo hubo un incidente en Shapaja que lamenté enormemen-
te, y en el que estuve a punto de perder la vida.

No conociendo todavía la traición y la fuerza que el agua del río lleva escondida, creí fácil atravesarlo a nado sin tomar muy en cuenta la otra orilla que distaba 300 metros aproximadamente.

Tomé aire; un clavado de competencia y un *crawl* acele-
rado me llevaron en unos momentos a la mitad del Huallaga.
Me detuve a respirar hondo, para ver si no venían palos de los
que trae la corriente, que podían golpearme, y darme cuenta

de cuántos metros me había arrastrado la corriente. Una vez hecho esto y evitando todo lo que había previsto, me lancé otra vez a brucear, para atravesar la verdadera fuerza del río que corría con ímpetu en el centro. A punto conocí la imposibilidad de atravesar esa barrera, y decidí emprender el retorno. En unos instantes me vi jalando medio kilómetro abajo y envuelto en un gran remolino; ya para esto atisbé una gran muchedumbre que, nerviosamente, se agolpaba en la orilla. Empecé a sentir notables síntomas de desesperación, aunque no estaba cansado y la respiración era normal. Reflexioné unos momentos e impuse por la voluntad la serenidad, y seguí haciendo esfuerzos por salir del remolino, sin conseguir otra cosa que alejarme de la orilla cada vez más. Pensando estar irremediablemente perdido alcé la mano para pedir auxilio, cuando salió precipitadamente una canoa. Sentí un inmenso alivio, yo en medio del río, como en un teatro, en plena actuación dramática y el público en la orilla que se movía y gesticulaba sin hacer nada efectivo. Este ardid del río me hizo no volverle a dar revancha.

HUALLAGA a la altura de Yarina, jueves 16. Ayer fue un día de continua y vibrante emoción obsequiado de datos reveladores.

Dos palabras danzaban en mi mente con un sarcasmo ininteligible: Chumía y Vaquero: dos malos pasos que tejían las más increíbles escenas.

Por todo lo que me han informado, no cabe duda que el Huallaga aventaja en bravura a todos los ríos que tributan sus aguas al manso y anchuroso Amazonas.

El Huallaga se distingue por su agitada corriente, chocaderos *muyunas* (especie de grandes remolinos con gran fuerza) y malos pasos, entre estos el Chumía y el Vaquero, que dan renombrada fama y aventajan en peligrosidad y bravura, según supe, el famoso *Pongo de Manseriche* en el alto Marañón, que W. Up. De Graff en su libro *Cazadores de cabezas en el Amazonas* relata con tanta consternación.

Era necesario verlo con los propios ojos y navegar por este río, que tantas vidas ha segado, para creer en la inaudita fuerza que encierra su corriente o que se encuentra en sus *muyunas*, fuerza misteriosamente escondida o esperando en acecho, dando sorpresas a cada vuelta.

Una hora debajo de Shapaja todo había sido amarrado con lianas o tiras de corteza de la topa, para resguardar la carga.

Un cuerda ataba la muñeca de cada uno a la balsa; los *bogas* a la cintura para así tener los brazos libres para enfilear con cuidado la embarcación hasta el último instante en que recogían los remos y se agachaban asiéndose con fuerza a las topas.

El Estero fue el preámbulo de los belicosos pasos. La balsa iba de frente, bogando aún y acercándose con lentitud irritante al Chumía, un pedazo que se agitaba con la furia de un mar embravecido. Olas de tres y cuatro metros. Íbamos todos con una mano amarrada a la sogas y con otra, a los troncos del chiquero, pegados como vampiros que chuparan su propia vicisitud.

El intervalo de una jaculatoria para recoger remos, acomodándose y cogerse con fuerza para los primeros vaivenes; después, el río nos tragó. En emoción tan intensa no me di cuenta ni cuánto tiempo estuve sumido o cuánta agua tragué. Solo recuerdo mi expresión de sorpresa con los ojos bien abiertos desafiando el primer golpe que estuvo fuerte y que apenas se iba escurriendo el agua, dejándome el pelo en los ojos que rápidamente descubrí para no perder los segundos que se sucedían arrebatadores y demasiado rápido. Una, adentro... arriba... la segunda... glup... va... otra... golpes... zarandeadas... azotes de ira. Minutos dignos de vivir.

La balsa empezó a replegarse a la izquierda sin acabar de salir de ese torbellino de lenguas, tiempo apenas de sacar los remos e impulsar la balsa para que no se golpeará en las

piedras de la orilla; unos leves tumbos fueron inevitables, haciendo bailar la balsa y desatar dos sogas. Fuera al fin.

Con tiempo apenas para exprimirse y restregarse los ojos y Vaquero está a la vista, un ápice menos encolerizado que Chumía. Amarrados en la misma forma y bailando la misma danza en el encrespado oleaje. Se restableció la tranquilidad y se desató la carga.

Una cosa que atenúa los pasos es la destreza de los *bogas* para entrar, si no, sería fatal.

Por la tarde se pasó el último de los malos pasos, Yuracuiaco, que después de los anteriores sólo fue una agitación estrepitosa sin más consecuencias. El camino en adelante está sembrando de *muyunas*.

Extraño mis frecuentes zambullidas que solía hacer en el río; pero he sido advertido de que en estos lugares los remolinos y algunos peces caneros* y pirañas aquí empiezan a presentarse y no son para andarse con tanteos.

SANANGO, viernes 17. Pasamos Sanango sin atracar, lo que indica unas tres horas a Yurimaguas. Nuestra única parada en largo trecho ha sido para abarrotar la balsa de más plátanos para comer en todos sus estilos, y troncos del mismo como alimento para el ganado.

La noche anterior la pasé sobre las *cumbas* (palmas entrelazadas) que cubren el chiquero, cuidando de no moverme, pues a una cuarta, caía con los toros y a otra al agua. Llovió toda la madrugada, pero, por fortuna mi manga no pasa agua.

Aunque el señor Villacorta, dueño de la balsa, me recomendó con *bogas* para viajar gratuitamente hasta Iquitos, decidí quedarme en Yurimaguas para después seguir en otro medio por varias razones. La primera ver si era posible ir al río Pastaza. Segundo, indagar qué otra clase de actividades

*Nombre con que también se conoce al candirú, pez amazónico del que, se dice, llega a alojarse en la uretra o recto de los bañistas para sustraerles la sangre, y de los que solo puede extraerse por medio de cirugía. (N. del E.)

despliegan ahí y, tercera, principalísima, es que los *bogas* que van en la balsa son gente ordinaria de renombrada fama, y ya van varias personas que me aconsejan no viaje solo con ellos por el Marañón, pues, aseguran que son capaces de matarme. Esto no me sorprende, pues con mis propios ojos he corroborado estas presunciones por actos de llana mala crianza. Providencialmente hasta Yurimaguas quedamos dos pasajeros más. Son gente que su único grito en cada caserío que pasamos es: "... ¿no hay *masatouuuu*?", bebida hecha de yuca fermentada, que viene a ser lo que en la sierra llaman *chicha* (preparado de maíz fermentado).

Si encuentran trago, que es lo único que apetecen, se santiguan con él para que después los haga dormir. Nuestras relaciones el principio fueron algo tirantes, pero se han ido suavizando. No obstante, en un puerto ya se estaban llevando mi equipaje.

Me recuerdan con toda precisión a los simios de la tribu Bandar-log de la que habla Rudyard Kipling.

En adición a esto, la travesía de Yurimaguas a Iquitos en esa balsa sería de cinco días navegando día y noche, sin poder atracar en algunos sitios interesantes.



En Yurimaguas, con una *bodequera* o cerbatana.
(Archivo de José Miguel Quintana.)

Masato con los jíbaros

Por la mañana, dentro de una densa bruma y con lluvia visitamos a una familia jíbara. El padre viudo, sus hijas y un yerno. Todos usando la típica *pampanilla*, sólo un muchacho llevaba pantalón.

No nos dimos la mano, pero la confianza nació de inmediato.

Pustá fue la primera palabra: “Siéntate”.

No hablaban castellano, así que la charla me iba siendo traducida por don Julio, a quien ahora apreciaba en todo su valor por ser guía excelente, que no se le escapaba rincón sin conocer, intérprete del quechua y jíbaro, y, lo más asombroso, compadre de medio mundo.

Después de las rigurosas preguntas por los meses que habían pasado sin verse, y preguntar por la salud, que aquí no es un cumplido sino un interés afectuoso, nos sirvieron el clásico *masato* en una jícara. Digo clásico porque además de ser lo propio, lo típico, lo que no puede dejar de haber en ningún momento de la vida regional, éste había sido fermentado por medio de la insalivación que se hace masticando una parte de la yuca, previamente cocida y machacada para mezclarla con el resto.

Para servirlo toman una porción de *masato* (hecho masa) que disuelven en agua con la mano. El mío estaba riquísimo; afortunadamente, lo tomé sin darme cuenta de una escena que se estaba representando en la tarima contigua.

Una mujer arrodillada ante una olla, batía suavemente una masa blanca, caliente al parecer por el vapor apenas visible que despedía. Sin dejar de mover el palo iba metiéndose porciones de yuca que recogía de la olla con los dedos. Rumiaba con la calma de una vaca sin intentar tragar la más mínima parte, y metiéndose cada vez más hasta repletarse la boca. Unos minutos y escupía el producto para mezclarlo con el resto.

No muy sugestivo, pero el *masato* era insuperable. Son muy amables, hablan sin inflexiones notables de voz y con ademanes amplios. El pelo y las orejas a la usanza murata. Rayas azules tatuadas con caucho en la nariz y pómulos. Obsequiaron a don Julio huevos y miel de abeja.

Lo mejor de todo fue la maravillosa *tahuasamba* que padre y yerno tenían, hecha cuidadosamente de plumas de tucán rojas, azules y negras y otros tocados que les adornan la cabellera, verdaderamente estupendos. Quedé de cambiárselas por algo a mi regreso.

La falta de luz y, en fin, la forma en que la gente tiene organizada su vida por aquí, hace que se acuesten temprano para comenzar sus labores de madrugada.

Por fortuna ya me acostumbré, y para eso de las diecinueve treinta me estoy cayendo de sueño. Me levanto alrededor de las cinco y media.

Cerrándoseme los ojos me metí al mosquitero, aun cuando en estas alturas desaparece el zancudo; en cambio, hay que cuidarse del vampiro que chupa sangre en la noche sin despertar a la víctima. Unos dicen que inyecta alguna sustancia anestésica en la parte de carne en que hinca sus colmillos o que muerde con cuidado; y al no contener ninguna sustancia ponzoñosa que dé dolor o comezón, no despierta.

Tuve todas estas cavilaciones: mi intención de subir un día más el Huasaga para ver otros jíbaros que la razón tiempo me impedía; una cacería de lobos que me habían convidado para unos cinco días que la misma razón me hizo rechazar, y una tentadora excursión a Andoas (arriba del Pastaza, cerca del Ecuador) para de ahí bajar a Iquitos, atravesando hasta el río Macusari por una trocha pequeña que hay por la selva saliendo al Corrientes, afluente del Tigre y por éste al Marañón, y finalmente a Iquitos.

Todo esto me quedaba soñarlo, y pensar más en lo maravilloso que pudiera ser. Tanto aguardaba en México que no

tardé en contentarme con mi visita a los jíbaros para emprender la entrada al Amazonas que me esperaba en breve, majestuoso, sereno.

No dejé de acordarme con especial cariño hoy de mi abuelita que es su cumpleaños y rezar por su salud.

El nombre de México

No es mi propósito dar una visión general de la selva pues sería totalmente absurdo aventurarse a pensarlo siquiera, sino solamente apuntar mis impresiones en el recorrido y un “piqueo” general de datos que me harán inolvidable esta aventura.

Aunque esta curiosidad ya le dejé muy atrás, por Aucayacu más o menos, me parece digna de ser anotada.

Se trata de un pueblito al que le cambiaron su nombre original por el de “México Chico”, por tener fama sus pobladores de “malditos y matones”.

Dígame de paso que es asombroso el cariño que le tienen a México en Perú. No dejan de mencionarlo y todos quisieran visitarlo; les parece una tierra de ensueño y hacen mil preguntas. Lo que más le llama la atención es si yo veo por las calles a los artistas. Toda esta propaganda por México ha sido difundida por sus películas y canciones. La gente sabe vida y milagros de ellos.

Otra cosa que creen, es que todos los mexicanos saben cantar. Acapulco y la pistola al cinto se presuponen.

El plátano, base de la alimentación

Siendo el plátano el alimento regional de más importancia, creo que merece dar a conocer las formas comunes de prepararlo.

Se encuentran muchas variedades de esta fruta, pero el más conocido es el verde, que asado viene a substituir al pan; frito hace las veces de la papa, y cocido simplemente da el *ingui*, base absoluta de la alimentación regional.

Con el plátano “maduro” se hacen los mismos preparados, pero el sabor dulzón no gusta igual; éste, cocido y desleído en agua, ofrece la refrescante bebida: *chapo*.

Esta clase especial no se come nunca como fruta o postre, para esto hay otras variedades.

Amén de estos hay un vastísimo recetario para toda clase de platillos.

Una cacería de lagartos

Por la noche, cuando platicábamos con un señor que nos dio posada en su casa, como lo hace cualquiera, aún a extraños, fui invitado a una cacería de lagartos. Ésta era una ilusión que traía desde Huallaga y que creía desvanecida.

La tormenta arreciaba, una noche negrísima y un silencio sepulcral. Todo era perfecto menos la lluvia; esperamos hasta la medianoche en que amainó.

En una canoa, con arpón, linterna y machete atravesamos ligero por unos lagos circunvecinos, linterneando las orillas. No había pasado mucho tiempo cuando vimos al choque de la luz, un ojo brillante: ese era el blanco. Se preparó el arpón sin dejar de apuntar la luz para deslumbrar al lagarto; éste, mientras se le enfoca no hace el más leve movimiento. Entonces se avanza con escrupuloso sigilo, dejando de bogar unos diez metros antes para timonear apenas.

Completamente a boca de jarro, sin dejar de alumbrar sus ojos que asoma, estático, del agua, se le avienta el arpón con fuerza.

Dos veces fallamos, desapareciendo el lagarto para no asomar su cabeza por algunas horas.

El tercer arponazo fue pasada la medianoche, cerca de la orilla; éste era un ataque de frente, los dos ojos brillaban como braza. Apenas sintió el arpón encajado, comenzó el baile y zarandeo de la canoa. Una dosis de machetazos le calmaron un poco y un remate de gracia nos dio confianza para invitarle a subir.

Hay dos tipos de lagartos: blanco y negro. Este último muy apreciado por su piel. El que cazamos era negro, pero de los chicos (1.50 metros). Los grandes se encuentran bastante lejos debido a la enconada persecución que sufren.

Reducción de cabezas

Parece que la palabra jíbaro suele siempre identificarse con la asombrosa práctica de reducir de tamaño las cabezas humanas, que reciben el nombre de *Tsantsa*.

Sobre esto mucho les pregunté sin buen resultado.

Desde hace algunos años esta práctica fue desapareciendo por la enérgica protesta de gobierno; en la actualidad, parece ser que, en muy baja escala, solo huambisas que viven en lugares más recónditos reducen cabezas.

Los jíbaros que conocí no ignoran esta práctica como costumbre guerrera entre sus antepasados, y sólo un viejo me explicó, sin detalles, cómo es el proceso.

A la cabeza suelta le sacan la materia interior; en el centro de la cabeza hacen una cortada en el cuero cabelludo. Con cuidado voltean la piel para sacar el cráneo. Hasta el cuello cosen la parte anteriormente cortada y cocinan la cabeza en agua bien caliente, sin que llegue a hervir, por cierto tiempo; con esto, la cabeza queda reducida un tercio de su tamaño normal. Después con piedrecitas o arena caliente que metan por la boca del cuello la agitan con movimientos oscilatorios para que vaya chupando la grasa. Por el exterior la van planchando con el machete al rojo vivo. En esta última operación

se le modela un poco la cara antes de que quede dura. Nada me supieron decir sobre hierbas para su preparado.

Un color oscuro, el pelo sedoso y largo y los hilos que le cuelgan de la boca, que cosieron para evitar el paso a los malos espíritus, le dan un aire terrible, misterioso. Después de un tiempo de fantástico estar, le cortan el pelo, que es el verdadero trofeo, para adornar alguna prenda que ostentará, muda, esa muerte.

Up de Graff, que le tocó ver una de estas preocupaciones, dice que así desprovista de pelo se las daban a los niños para que jugaran con ella como pelota.

Los indios pensaban que, reduciendo la cabeza, sometían al enemigo y a su espíritu.

El día no ha terminado: es miércoles al mediodía. Volvemos a atracar, sacamos la escopeta y nos internamos en la selva. Carusha se ha quedado cuidando el bote.

Los indios antes acostumbraban vivir en las orillas de los ríos pero, a medida que el blanco va pisando la tierra, ellos se han ido replegando al centro. El ejército ha cometido algunos abusos con sus mujeres por lo que prefieren seguir viviendo en paz donde no se les ve.

Un camino de hormigas apenas parece la trocha en aquella inmensidad.

El sonoro canto de aves de vistoso plumaje y el escándalo de loros que pasan, hace más hondo el silencio y la soledad aparente.

Al poco llegamos a un *tambito*, en que se hallaba sepultado, al abrigo de su sombra, un blanco que habían matado hace poco y colgado de un palo, una *dundaya*, tronco que ahuecan de un modo especial y que, al golpearlo, tiene una sonoridad increíble.

En este lugar los indios viven al otro lado del lago, y con este instrumento se llaman y dan noticias. Lo oyen hasta dos horas de camino. No obtuvimos respuesta, nos imaginamos que hayan ido con sus mujeres al monte a cazar.

Nos quedaba por visitar de nuevo a nuestro amigo de la *tahuasamba*. Un *masato* para refrescarnos y entramos a acordar el trueque. Quedamos en cambiarla (la *tahuasamba*) por un mosquitero y un corte para *pampanilla*.

¡Estupendo! Me incluían en el menú de los zancudos, pues el mosquitero era de don Julio, pero de mi uso; en fin, el problema sería para más tarde y me quedé con la *tahuasamba*.

Les pedí posaran para la cámara, cosa que aceptaron de muy buena gana. Se vistieron de gala, pintaron y con júbilo se agruparon junto a su *chacra* sembrada de yucas. Compramos un poco de miel de abeja y con un efusivo adiós nos despedimos.

HUASAGA, jueves 30. Hoy se termina un mes de increíble trascendencia y emociones sin par. Estoy de regreso a Iquitos en otra embarcación, pues aunque con don Julio había arreglado me dejara en Lagunas, como quien dice en la esquina más próxima para tomar un bote a Iquitos, encontré mejor oportunidad en un motor que regresa directo, no obstante ir atracando, pues, don Julio pensaba demorarse por el Pastaza.

Mi transbordo fue en Anatico. Un “bote tienda” más grande, más mercancía y un tapir de mascota. El regatón es de don José.

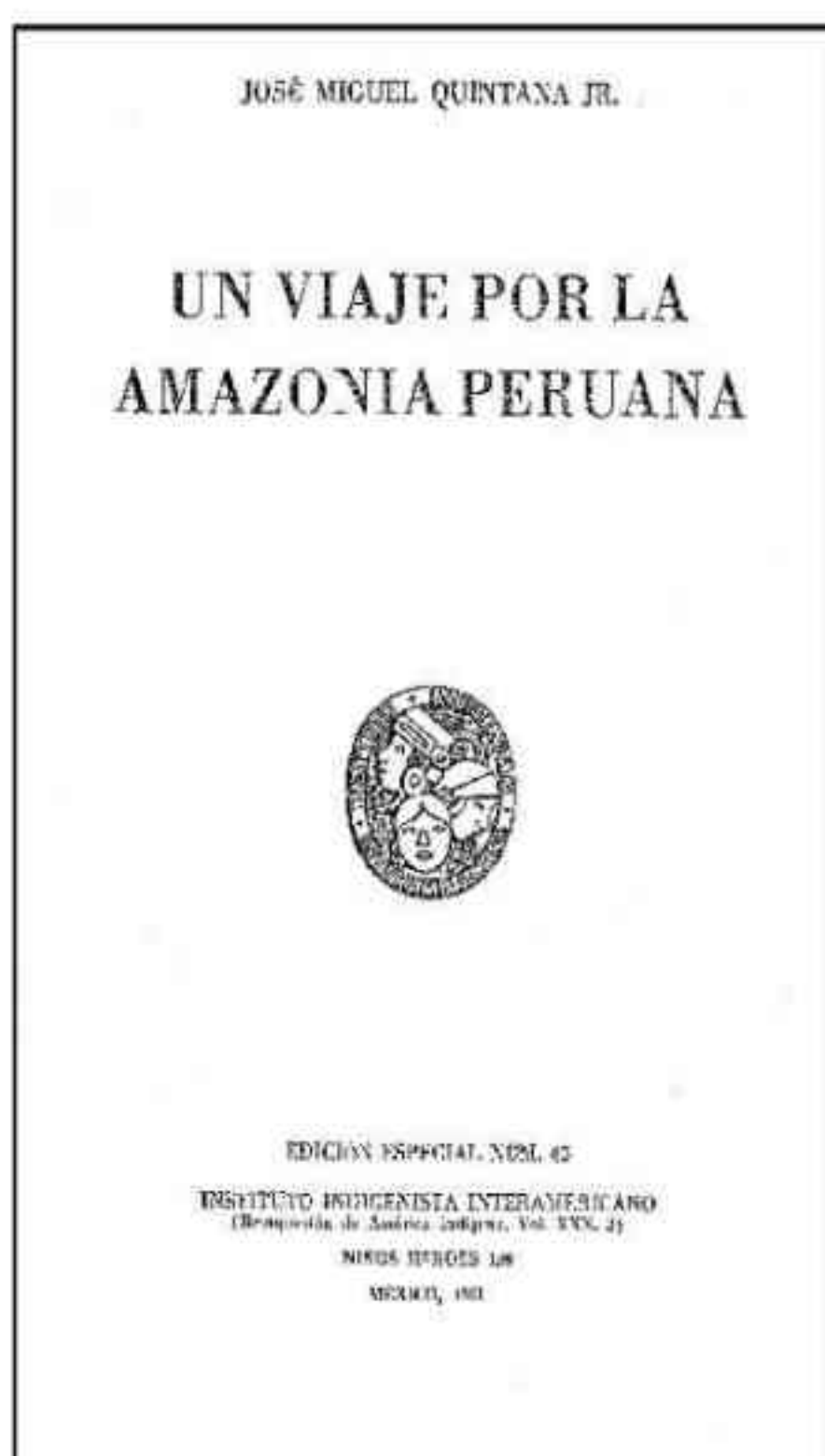
“Rayando el sol”, como dice la canción nos levantamos. Se suponía que la partida sería a las siete. Eran las once y el tapir que iba se pasajero no aparecía.

Arreglé cuentas con don Julio; hubo un poco de soles, dólares, venta y cambalache. Vendí mi bolsa enjebada y compré un cesto tejido a mano con *tamshi*. Mi reloj por otro y 100 soles. “Al país donde fueres has lo que vieres” y aquí todo es cambio.

Un apretón de manos con don Julio fue nuestro sincero voto de amistad.

Cuando menos acordé la *tangana* retiraba suavemente el bote de la orilla; apenas tuvo tiempo Carusha de saltar y

decirme que aprendería a peinarse. Yo por mi parte, le pedí se tomara un *masato* a mi salud.



Portada de *Un viaje por la Amazonia peruana*, México, 1961.

La piraña

Había quedado pendiente de presentar con todas sus virtudes a la temida *piña* (piraña).

Que haya visto son de tres clases. Una más bien blanca de unos diez centímetros; la roja y la negra, ambas de 25 centímetros o más. Su carne es comestible. Se le pesca con anzuelo, pero el hilo está reforzado con alambre pues su fuerza es tal que troza el hilo más resistente con pasmosa facilidad.

Abunda en estos ríos, pero sobre todo en los lagos que hay cerca de las riberas.

Yo le vi devorar un pedazo de carne en un santiamén; cada mordisco es pedazo que se lleva. Su voracidad y la ferocidad con que ataca son increíbles.

IQUITOS, viernes 8. De noche pasamos la boca del Ucayali mientras en mi interior pronunciaba calladamente las ocho

letras fuertes que me indicaban un avance más presuroso y fluido: A-m-a-z-o-n-a-s, y, cada vez que lo pronunciaba, se doblaba en mil voces, como eco sagrado de leyendas, misterios y aventuras.

Sin estrellas ni luna viajábamos toda la noche. Comenzaba a clarear cuando el chapaleo de los remos de varias canoas que danzaban así parecía, me hizo despertar.

Llegada a Iquitos

Estábamos en Puerto Belem, canoas que iban y venían sin cesar, con mechas encendidas, motores que llegaban, una balsa enorme recién atracada y los primeros puestos del mercado que se empezaban a tender.

Parecía que el sereno les infundía respeto, amanecía en un ruido opaco de agua y voces.

Traté de dormir un poco más, pero a poco, el barullo de la calle me despabiló inmediatamente.

Por fin me di cuenta cabal donde estaba. La casa “de altos” de don José quedaba a la orilla no sé si del río o del puerto, porque el agua había invadido la mitad.

La plaza estaba tendida, y la mercadería circulaba al mayoreo y menudeo a toda prisa; el vaivén de las canoas parecía no tener fin. Una hilera de casas sobre balsas estaba alineada al frente. Fango, casas de palma en los declives y sobre palafitos en el agua, escalinatas, el plátano que desembarcaban, inmundicia; en fin, todo este desorden plasmaba un cuadro pintoresco, activo, negruzco.

Don José me había invitado como huésped. Un techo y un lugar seguro para mi equipaje era suficiente. No tiene baño, o el que me supongo que hace las veces, está en la cocina que opera desde las cinco y media de la mañana. No tienen hora para la comida, y el menú no varía de aquel del

bote. Así que concluí por agradecer solo el techo y el resguardo de mi equipaje, y por otro lado procurarme baño y comida.

Se celebra la Ascensión del Señor con carácter de fiesta nacional, así que estaba todo cerrado. Por hoy pensaba ante todo en recoger mi correspondencia, ver al señor Joaquín Abensur, único conocido por recomendación del ingeniero De Andrea; comprar un chocolate y por este día darme un festejo citadino.

Busqué la sombra en la Plaza de Armas y leí mi correspondencia; detenidamente y dos veces la de mi papá, pues su letra tiene la particularidad de leerse con imaginación y paleografiando siempre. Una cultura amplísima, con juicios, recomendaciones sin rodeos; una redacción epistolar a la moderna, literaria y cariñosa.

Mi mamá con amor y ternura infinita; Álvaro, romántico, generoso y con puntadas únicas. Mis hermanas definiendo severamente su carácter y, de postre, mi abuelita con dulzura.

En fin, leí y leí. Me sentí fortalecido y acompañado en todo. Fui a misa, tenía mucho que agradecer y otro tanto que pedir. Y después, por principio de cuentas, compré un chocolate con nuez y me senté en una butaca de mimbre para la función matinal de un cine.

Por la tarde, pasé a ver al señor Joaquín Abensur; la única noticia que tenía de mi fue la carta que le escribí de Yurimaguas. Por esto me sorprendió su afabilidad y hospitalidad que me brindó esos momentos. Me ofreció ayudarme en todo; en fin, estaba desconcentrado, recibía demasiado.

El clímax de esta reunión fue cuando me enseñó un tocado de plumas de un *curaca* jíbaro (*achual*). Algo excepcional, único. Consta de un chaleco de pecho y cola de tucán. Una corona con tiras de pluma colgando y en los extremos cuatro pájaros disecados de siete colores; arriba, cuatro dardos con caudas pequeñas de pelo que fueron arrancadas de las cabezas de las cuatro cabezas reducidas de cuatro *curacas* enemigos, que el propietario había matado.

Esta fantasía de incalculable valor me la daba por los 600 soles en que se lo había conseguido Miguel Cisneros —conociendo patrón de muchos *achuales*— después de un año de ruegos de un señor de gran prestigio, como es don Joaquín Abensur.

No pude dormir en toda la noche, nada más pensando en esta joya que ahora era mía.

El comercio intenso y peculiar de Iquitos, algunas industrias, es prácticamente lo único por ver. Así que ahora pensaba ver declinar mis emociones que hasta la fecha no puedo decir haya habido terminado un día exclamado: hoy no tengo nada que escribir, siempre hay algo interesante.

Subiendo y bajando el Yavarí

Antes de abordar el navío, al que no inmutaba el vaivén de las olas y que me parecía desproporcionado a las embarcaciones a que estaba acostumbrado, pero *ad hoc* para el río que me disponía bajar, me cercioré de que a Manaos no fuera a hacer más de ocho días; pero ¡oh sorpresa!, una vez en marcha me entero que tardaría aproximadamente 14 días. Atracaría en varios puertos recogiendo carga y surcaría el río Yavarí; esto era el colmo. Por ningún motivo toleraría llegar a México más tarde de la fecha fijada.

Y si es que se trataba de una artimaña selvícola, rompería cualquier emboscada o hechizo. Ahora me respaldaba la misma prisa de Phileas Fogg.*

El problema era ¿cómo? En estas cavilaciones pasé la frontera brasileña el martes en la noche, y surqué el río Yavarí hasta el jueves.

Cada vez más adentro de la selva; era la misma boca del Huallaga que me aprisionaba en mil vueltas y contracciones.

Mi irritación la completaban la incomodidad de viajar en tercera clase, pero en las postrimerías contaba con poco

*Protagonista de *La vuelta al mundo en 80 días*, de Julio Verne. (N. del E.)

dinero que tenía que cuidar. La comida iba de mal en peor —mataron un buey y desde esa vez comíamos los interiores y arroz. Lo mezquino y chocante del brasileño junto con el aturdimiento de no entender suficientemente el portugués (aunque la similitud del idioma me hacía progresar algo día a día) me hacían los últimos momentos para alcanzar la meta, más difíciles e interminables.

Moverse en la misma tranquilidad de los ríos y mirar, ver y volver a ver y mirar el paisaje sin más perspectiva que una alfombra uniforme, pareja, tersa, idéntica; en fin, todo este desfile tan disciplinado, sin esperanza de alguna diferencia lo mimetiza a uno ya sea en actitud pasiva, rutinaria o los nervios crujen y estallan.

Recé para obtener algún destello de luz; leí constantemente mis cartas para vigilar mi obstinación por ajustarme al itinerario ya fijado.

Una puerta de escape

Había una solución: el viernes en la tarde estaríamos de nuevo en la boca del Yavarí y pasaríamos a Benjamín Constant, donde el sábado hay un vuelo a Manaos; a primera vista, la solución era buena pero costaría un buen pico y la duda con que salí de Iquitos con el informe del agente de Panair que no me daba el precio del vuelo Manaos-Caracas; seguir en el navío era un fracaso de tiempo sin fruto y posiblemente un suicidio pecuniario. En un patíbulo enclavado en la selva.

De pronto, una idea me iluminó, ya estando el viernes a unos minutos de Tabatinga. Iría a Leticia, Colombia y de ahí volaría a Bogotá. Solo me faltaba la visa colombiana; no importa, ya estando ahí me la tendrían que dar o mandarme al agua, pero definitivamente no seguiría en el Tavares.

Llegamos de noche; fortalecido de un espíritu nuevo pero temeroso de lo que pudiera acontecer en los minutos

subsecuentes que ahora corrían con notoria fluidez, bajé mi equipaje. Alquilé un deslizador para ir a Leticia que queda a unos 20 minutos de surcada por el Amazonas. El aire lóbrego de la noche opacaba todo aspecto problemático de la situación y me daba una sensación increíble de amanecer.

Sin ser visto por el guardia de la aduana, me dirigí directamente a la estación de policía para ver si podía visar mi pasaporte. El único que estaba en “posibilidad” de hacerlo era el teniente de policía de la Comandancia del Amazonas, que debía llegar más tarde. La sola palabra “posibilidad” me animó. Trasladé mi equipaje al hotel.

Con magnífica suerte salía un avión de carga y pasaje al día siguiente a las seis de la mañana. Sin más contemplaciones reservé mi pasaje,

A las veintitrés, en medio de un júbilo desbordante, me dieron la visa y, segundos más tarde, obtuve también el visto de la aduana.

Amé la selva, mucho; pero ahora rompía su embrujo para escapar, pues su influjo será imposible, afortunadamente, olvidarlo.



José Miguel Quintana a finales de 2024, franqueado por Mario Nieves Trejo (izq.) e Iván Guerra Villasana (der.), ex integrantes del grupo VII.
(Fotografía de Iván Guerra Villasana.)

Algo sobre los autores e ilustrador scout

Manuel Felguérez (1928-2020)

Además de haber sido un connotado scout —la misma revista *Escultismo* lo llamaría *Scout Especialista en Especialidades*—, se le considera uno de los principales artistas plásticos contemporáneos de México. Ingresó al Movimiento a mediados de los años treinta del siglo pasado, como lobato de la *jauría* del grupo III de la capital del país; al pasar a tropa adoptaría el sobrenombre de *Rey Zorro*, con el cual seguiría autodenominándose hasta su muerte. Asistió al Jamboree de Francia de 1947 con Jorge Ibargüengoitia, compañero de grupo y futuro autor del relato de corte autobiográfico “Falta de espíritu scout”, con quien a su regreso de Europa fundaría el grupo XVII. Arturo Reyes Fragoso reconstruyó el paso por el escultismo de ambos personajes, en *Dos artistas con pantalón corto. Ibargüengoitia y Felguérez, scouts*.

Enrique Jolly (1932-2000)

Fue guía de la patrulla Cóndores y jefe de tropa del grupo VII del Distrito Federal. Ya como rover scout, recorrió durante tres meses el Amazonas, en compañía de Sergio Fernández Vázquez, otro compañero de clan, siguiendo algunos tramos de la ruta del explorador español Francisco de Orellana. Combinó su sed de aventuras con su vocación artística como escultor, lo que después lo llevaría a cruzar en dos ocasiones el Atlántico, una de ellas con el aventurero y navegante español Vital Alsar, con quien colaboró en la construcción del

Marigalante, réplica de la carabela *Santa María* que navegaría de Veracruz a Santander para conmemorar los 500 años de la travesía de Cristóbal Colón, y para la que elaboró su mascarón de proa, *Sirena Varada*.

José Miguel Quintana (1937)

A los diecisiete años de edad, invitado a participar como guía de la patrulla Tigres del grupo VII del Distrito Federal, ganaría la primera edición del Maratón Rover, cubriendo la ruta México-Cuernavaca en seis horas con cuarentaicinco minutos, uniformado, con botas y a “paso scout”. En 1958, ya como rover y un año antes de su aventura amazónica, se integraría a una expedición que intentara cruzar el Cañón del Sumidero, en Chiapas, infranqueable hasta entonces, de lo cual dejaría constancia en *Siete Azul*, boletín de su grupo scout del cual era director. En su vida profesional, a la par de su labor como abogado, colaboró en diversos proyectos de recuperación cultural, como la restauración de órganos monumentales virreinales.

Iker Larrauri (1929-2021)

Se trata del mejor ilustrador que ha transitado por las filas del escultismo mexicano. Varios de sus trabajos pueden apreciarse, a la fecha, en las páginas del *Manual del scout*, de César Macazaga. En el ámbito profesional fue un destacado museógrafo y artista plástico, que participó en la concepción del Museo Nacional de Antropología, en Ciudad de México, donde pueden apreciarse sus murales *Paso de los primeros pobladores por el estrecho de Bering* y *Fauna extinta del Pleistoceno*. Una semblanza de su vida scout se encuentra incluida en *Retratos con pañoleta* (Biblioteca del Centenario, 7).

Contenido

Llamada de reunión	
<i>Iván Guerra Villasana</i>	5
Un rover en Bonampak	
<i>Rey Zorro, R.S. (Manuel Felguérez)</i>	7
Tres meses en el Amazonas (fragmento)	
<i>Enrique Jolly, R.S.</i>	22
Un viaje por la Amazonia peruana (selección)	
<i>José Miguel Quintana Jr., R.S.</i>	45
Algo sobre los autores e ilustrador scout.....	70

La presente obra se liberó en la red durante el mes de abril de 2025.
Su cuidado editorial corrió por cuenta de Arturo Reyes Fragoso.

Biblioteca del Centenario

TERCERA TEMPORADA

21. Las Pioneras 1, La irrupción de las unidades femeninas en la Asociación de Scouts de México, Yaroslava Guerrero Placencia (coordinadora)
22. Las Pioneras 2. La irrupción de las unidades femeninas en la Asociación de Scouts de México, Yaroslava Guerrero Placencia (coordinadora)
23. Consejos y advertencias para Jefes y Exploradores (1921), Federico Clarck
24. Brownsea, dos historias de 1907, William Hillcourt • Percy Everett
25. Las rutas de la precursora, Ana María Alcocer Peralta (coordinadora)
26. Crónicas de un scouter, Daniela Cruz
27. XXV Campamentos Nacionales (1934-1989), Comité Organizador del XXV Campamento Nacional Scout
28. Semblanzas de Baden-Powell, Jorge Toral • Agustín G. Lemus • et al.
29. Regresamos más fuertes. Cuando los scouts afrontaron una pandemia, Martínez Herrera • Reyes Fragoso (coordinadores)
30. Tres aventuras selváticas rover, Felguérez • Jolly • Quintana



Asociación de Scouts de México, A.C.
Córdoba 57, col. Roma Norte,
C.P. 06700, Ciudad de México
Tel. (+52) 55 5208 7122
www.scouts.org.mx
oficina.nacional@scouts.org.mx